

PUNTO ROJO

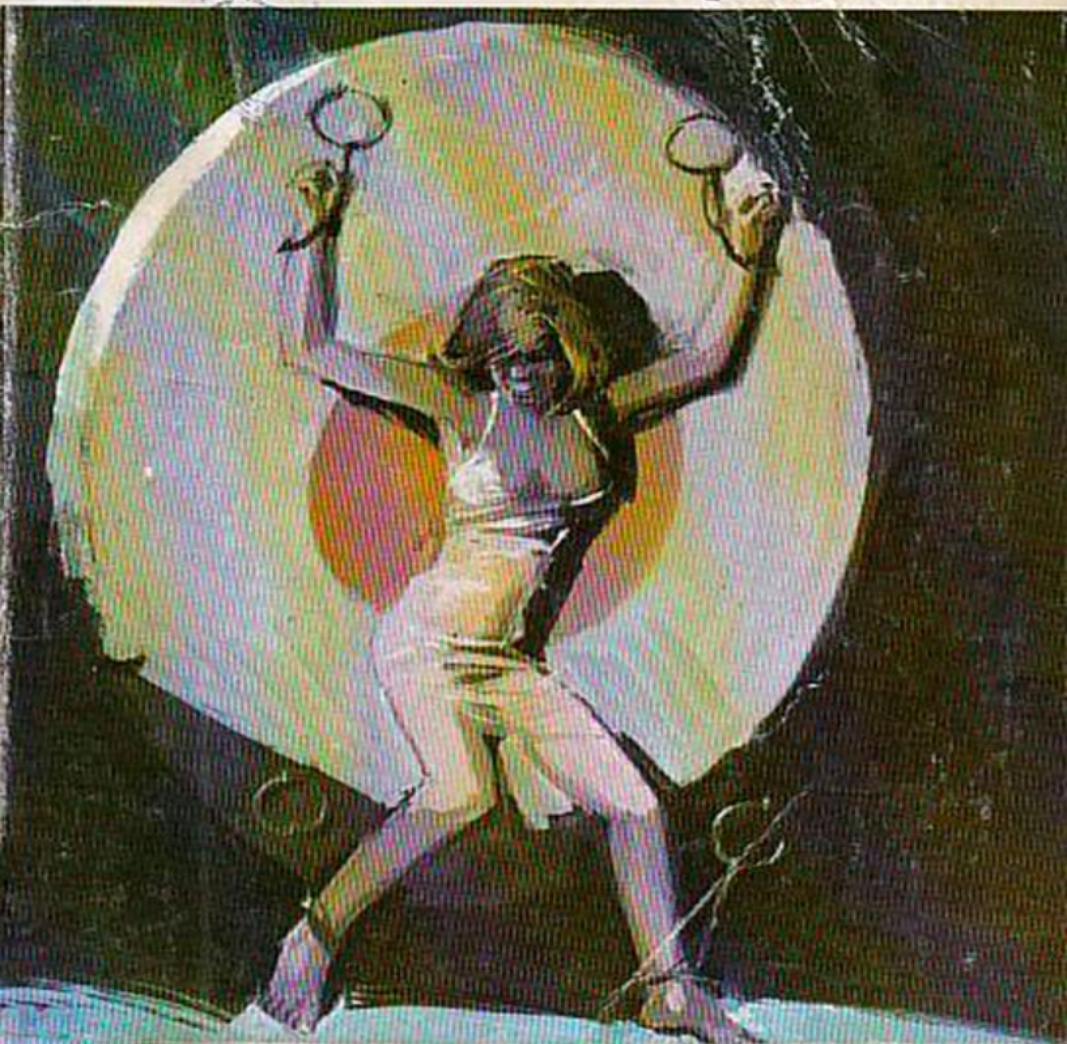
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIAO

LA RAMPA DE LA MUERTE

Joseph Berna



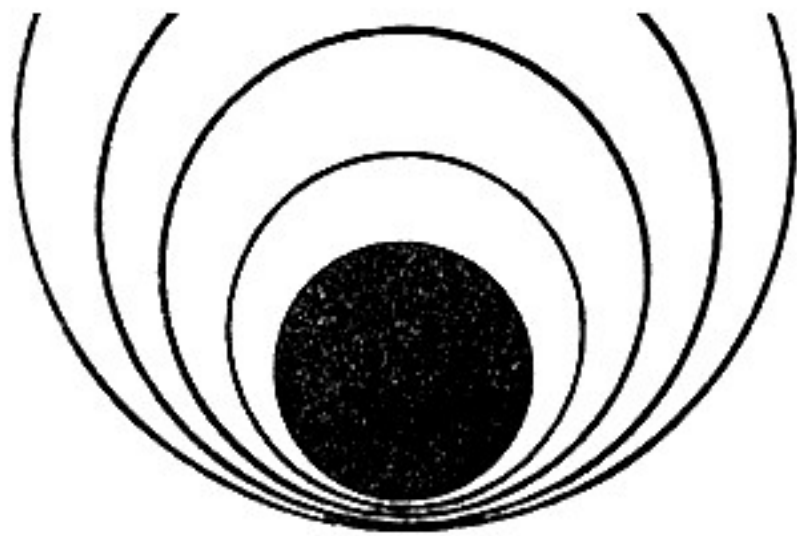
LA RAMPA DE LA MUERTE

JOSEPH BERNA



Colección PUNTO ROJO n.º 1.115
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.720 — El superbebé.

En Colección KANSAS:

1.314 — Desafío entre titanes En Colección
COLORADO:

841 — Un osado californiano

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

647 — Encuentro en la ciudad muerta

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

546 — A punta de látigo En Colección PUNTO
ROJO:

1.110 — La artista y el detective En Colección
CALIFORNIA:

1.406 — La bella y el salvaje

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 26.255-1983

Impreso en España Printed in Spain

1ª edición en España: setiembre, 1983

1ª edición en América: marzo, 1984

© Joseph Berna - 1983 texto

© Desiló - 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N- 152, Km 21.650)

Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

EL Calamar Rojo era uno de los muchos clubs nocturnos existentes en San Francisco. No destacaba sobre los demás, aunque tampoco figuraba entre los peores.

Podía decirse que era un local de mediana categoría.

Las camareras eran guapas, desde luego.

Y estaban muy bien de todo.

Podía apreciarse porque todas iban muy ligeras de ropa.

Las atracciones que presentaba cada noche el club, tenían calidad y resultaban del agrado del público.

En aquellos momentos, estaba actuando Britt Darnell, una bailarina que lo hacía realmente bien. Era alta, rubia, de ojos azules y boca sensual.

Se movía al compás de una música oriental.

Y cómo se movía....

Tenía al público encandilado.

Britt Darnell había salido a la pista de atracciones cubierta por varios velos de distintos colores, pero los velos habían ido cayendo uno detrás del otro, y ya le quedaban muy pocos.

La bailarina tenía unas piernas maravillosas.

Y unas caderas formidables.

En cuanto al busto....

Era tan sensacional como todo lo demás.

Y los espectadores ya podían vislumbrarlo, porque lo cubría un solo velo.

Naturalmente, esperaban que ese velo cayera.

Britt lo sabía y jugaba con él, prolongando su caída y la ansiedad del público.

Por fin, el velo cayó y la bailarina quedó con el pecho prácticamente desnudo, ya que sólo llevaba unos adornos metálicos en las cimas de sus turgentes senos, que escasamente cubrían los pezones y las aureolas de los mismos.

Algunos espectadores pensaban que los adornos metálicos también caerían, dejando totalmente desnudos los senos de la bailarina, pero se equivocaron.

Britt Darnell no hacía *strip-tease*.

Al menos, *strip-tease* completo.

Lo suyo era la danza sensual.

Incluso erótica.

Sin embargo, jamás se había quedado totalmente desnuda en un escenario o en una pista de atracciones.

Y aquella noche no iba a hacer una excepción.

Se desprendió de todos los velos, pero no del minúsculo pantaloncito dorado ni de los adornos metálicos que ocultaban las cimas de sus pechos.

Así concluyó su número y saludó al público.

Britt Darnell recibió muchos aplausos, por lo bien que había bailado y por lo tremenda que estaba. Incluso fue aplaudida por aquellos espectadores que se habían quedado con las ganas de verla completamente desnuda.

La bailarina lanzó unos cuantos besos al aire y se retiró de la pista pegándose una graciosa carrerita.

Fue directamente al camerino, se despojó de los adornos metálicos y se puso su ropa de calle, porque no tenía que actuar de nuevo aquella noche.

Britt Darnell cogió su bolso y salió del camerino.

Abandonó el club por la puerta trasera, que daba a un callejón.

La bailarina tenía su coche allí.

Era un Dodge color crema.

Britt se introdujo en él y puso el motor en marcha.

Justo en ese momento, alguien surgía en el asiento trasero y apuntaba a la bailarina con una pistola provista de silenciador.

Britt dio un grito.

El tipo, que se cubría el rostro con una careta de goma, realmente terrorífica, advirtió en tono gélido:

—Si gritas otra vez, te vuelo la cabeza.

La bailarina se quedó muda de espanto.

Había palidecido y temblaba en el asiento delantero.

El tipo, sin dejar de apuntarle, ordenó:

—Haz marcha atrás y saca el coche del callejón. Después, iremos por donde yo te indique. ¿De acuerdo, preciosa....?

Britt hizo un esfuerzo y consiguió hablar:

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

—No hagas preguntas y obedece.

La bailarina puso la marcha atrás, con movimientos nerviosos, y sacó el Dodge del callejón.

El tipo que la amenazaba le indicó la dirección que debía tomar.

Britt obedeció.

El individuo guardaba silencio.

La bailarina lo observaba por el espejo interior del coche.

—¿Por qué se cubre el rostro con esa horrible careta? —preguntó, casi de una manera instintiva.

—No quiero que me veas la cara.

—¿Le conozco, acaso...?

—No.

—Dígame qué desea de mí, por favor.

—Llevarte a cierto sitio.

—¿Para qué?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Pretende abusar de mí?

—No, no pienso tocarte.

—No lo entiendo, pues. No soy rica. No puede pedir rescate por mí.

—No tengo intención de hacer tal cosa.

—¿Qué va a hacer conmigo? Dígamelo, se lo suplico. ¿No ve que estoy aterrorizada....?

—Sí, sé que tienes miedo. Pero no puedo decirte nada hasta que lleguemos.

—¿Hay alguien más en ese lugar?

—No.

—Entonces, estaremos usted y yo solos....

—Sí.

Britt Darnell no hizo más preguntas.

A pesar de que el tipo había asegurado que no pensaba tocarla, ella estaba convencida de que su secuestrador tenía intención de violarla.

Sin duda se trataba de algún cliente de El Calamar Rojo.

La había visto actuar, se había prendado de su cuerpo, y deseaba hacerla suya.

¿Se limitaría a eso...?

¿La mataría después...?

Era la duda que la bailarina tenía.

El hecho de que el tipo se cubriese el rostro, parecía indicar que tenía intención de soltarla, después de divertirse con ella.

De divertirse... o de lo que pensara hacer.

Porque podía tratarse de un maníaco sexual y hacerla sufrir mucho antes de dejarla en libertad.

Este pensamiento hizo que el terror de la bailarina se acentuara.

Con el fin de averiguar algo más, preguntó:

—¿Me ha visto usted actuar?

—Sí.

—¿Y qué opina?

—Me gusta tu estilo.

—¿Y mi cuerpo...?

—También.

—Confíeselo de una vez.

—¿El qué?

—Que desea hacer el amor conmigo.

—Te equivocas. Dije antes que no pienso tocarte, y es verdad. No te llevo a ese lugar para violarte.

—¿Para maltratarme, entonces...?

—Tampoco.

—Prométame que no me hará ningún daño.

—Yo nunca hago promesas, guapa.

—¡Ya caigo!

—¿Qué?

—¡Lo que quiere es que baile en privado para usted! ¿A que sí....?

El tipo desgranó una risita.

—¿Lo harías, si te lo pidiera?

—Hombre, si fuera a cambio de mi libertad....

—Tal vez te lo pida.

Britt Darnell guardó silencio de nuevo.

Tampoco estaba demasiado segura de que su secuestrador la llevase a ese lugar para que bailase en privado para él.

¿Qué querría, realmente....?

No tardaría en saberlo, porque estaban llegando al lugar indicado por el tipo.

Era un viejo caserón, ubicado en las afueras de la ciudad.

Viejo... y solitario.

—Hemos llegado, preciosa —dijo el individuo—. Para el coche y apéate.

Britt detuvo su Dodge frente al caserón y descendió de él.

Su secuestrador salió también del coche.

La bailarina pudo ver que se trataba de un hombre alto y fornido, que vestía totalmente de negro.

—Entremos en la casa —indicó el misterioso sujeto.

—Es bastante fea, ¿no? —comentó Britt.

—Pero cumple su misión.

—¿Qué misión?

—Vamos, camina —apremió el tipo, empujándola con su mano izquierda.

La bailarina obedeció.

Entraron en la casa.

El individuo la llevó directamente al sótano.

Allí, había una especie de rampa metálica.

Britt, extrañada, preguntó:

—¿Qué es eso....?

—La rampa de la muerte —respondió su secuestrador.

Capítulo II

RALPH Colvin, de treinta y dos años de edad, elevada estatura y robusta complexión, pelo oscuro y facciones correctas, se detuvo frente a la oficina de Sholto Lang, en cuya puerta, además de su nombre, figuraba su profesión: «Investigador Privado».

Ralph sonrió, porque él también era investigador privado.

Y de los buenos.

Claro que tampoco Sholto era de los malos....

Ambos habían demostrado sobradamente su capacidad.

Ralph Colvin abrió la puerta y penetró en la oficina de Sholto Lang, sin molestarse en llamar. Sabía que Sholto se encontraba en ella, pues había visto su coche estacionado en la calle.

En la antesala del despacho de Sholto Lang, no había nadie.

Era lógico, porque Sholto no tenía secretaria.

Ralph Colvin, sí.

Y era muy guapa, por cierto.

Ralph caminó hacia el despacho de su colega y abrió la puerta, asomando la cabeza por el hueco.

—¿Se puede....? —preguntó, con una sonrisa.

Sholto Lang frunció el ceño al verle.

Era de estatura y complexión similares a las Ralph Colvin, pero tenía el pelo más negro y las facciones más duras, más viriles, casi de boxeador en activo.

Sholto contaba treinta y un años de edad, iba en mangas de camisa, y estaba sentado en su sillón, al otro lado de la mesa. Se había aflojado el nudo de la corbata y doblado los puños de la camisa, para trabajar con más comodidad.

Tenía un buen número de papeles sobre la mesa, y los estaba ordenando pacientemente. En el cenicero, un cigarrillo encendido despedía una columnita de humo.

Sin esperar a que su colega le autorizara a entrar, Ralph Colvin se coló en el despacho. Vestía un impecable traje color whisky y una camisa de las caras.

—Te alegras de verme, ¿verdad, Lang?

—No.

—¿Cómo es posible....?

—De sobra sabes que me caes mal.

—Ignoro la razón, Lang. A no ser que....

—Continúa.

—Que me tengas un poco de envidia.

—¿Envidia...?

Ralph Colvin se miró las uñas de su mano derecha, al tiempo que emitía un ligero carraspeo.

—Soy mejor investigador que tú, Lang.

—¿Quién lo ha dicho?

—Bueno, el hecho de que tenga más clientes que tú, parece demostrarlo.

—Eso de que tienes más clientes que yo, lo dices tú.

—Es la verdad, Lang. Me encargan más casos que a ti.

—Habría mucho que discutir al respecto, pero no tengo tiempo ni ganas, así que lárgate. Ralph Colvin no se movió.

—¿Tienes algún caso entre manos, Lang? —preguntó.

—Sí.

—Embustero.

Sholto Lang brincó de su sillón.

—¿Te atreves a llamarme embustero en mi propio despacho? —rugió, con gesto amenazante.

Ralph alzó las manos, sonriente.

—¡Cálmate, Lang, que no he venido en busca de pelea!

—¡Pues lo disimulas muy bien!

—Serénate, hombre. Te he llamado embustero, es cierto, pero en sentido cariñoso. Y es verdad que me has mentido, reconócelo. No llevas ningún caso entre manos. Si lo llevaras, no estarías aquí, trabajando en tu despacho.

Sholto apretó los dientes.

—¿Quieres hacer el favor de esfumarte, Colvin?

—¿Sin hablarte del asunto que me ha traído hasta aquí....?

—¡No me interesa!

—Yo creo que sí, Lang.

—¡Nada que venga de ti me puede interesar!

—Llevo un caso entre manos. Yo lo llamo «el caso de las bailarinas». Es un caso muy difícil, Lang. De los más complicados que me han encargado jamás. Y tú sabes que he resuelto casos difíciles....

—¿Por qué me hablas de ello?

—Me gustaría que me ayudases a resolver «el caso de las bailarinas», Lang.

Sholto agrandó los ojos.

—¿Que yo....?

—Sí, quiero que colabores conmigo. Eres un buen investigador,

Lang. Casi tan bueno como yo. Entre los dos, resolveremos el caso. Yo solo también podría resolverlo, claro, pero tardaría más.

Sholto rodeó la mesa, con gesto furioso.

—¡Eres el tipo más vanidoso que he conocido jamás, Colvin! —rugió con los puños apretados.

Ralph dio un salto hacia atrás.

—¿Vas a sacudirme, Lang....?

—¡Y con ganas!

—Espera que me quite la chaqueta.

—¡Venga!

Ralph Colvin se despojó de la chaqueta y se acercó al perchero.

Sholto Lang, con los puños preparados, esperó a que la colgara.

De pronto, Ralph se revolvió como una centella y le estrelló el puño derecho en la mandíbula.

Se escuchó un seco chasquido y Sholto cayó al suelo.

Ralph empezó a reír.

—¡El viejo truco de la chaqueta y el perchero, colega!

Sholto escupió una maldición.

—¡Yo te daré trucos a ti, bastardo! —ladró, brincando del suelo.

Ralph, que sabía lo peligroso que era Sholto Lang peleando, no quiso dejarle la iniciativa y soltó el puño de nuevo.

Sholto se agachó con rapidez y burló el puñetazo.

Y, antes de que Ralph pudiera enmendar su fallo, le incrustó la cabeza en el estómago y lo derribó.

Sholto cayó también.

En el suelo, los dos investigadores trataron de sujetarse mutuamente.

Sholto logró conectar un duro derechazo al mentón de su colega.

Ralph acusó el golpe, pero supo responder con un zurdazo al pómulo de su rival. Después, se incorporaron los dos, agarrándose el uno al otro.

Ralph trató de golpear nuevamente a Sholto, pero éste le desvió el puño con su antebrazo izquierdo y le incrustó los nudillos en el maxilar inferior, haciéndolo trastabillar.

Sholto dio un paso hacia adelante y le clavó la zurda en el hígado.

Ralph se encogió, emitiendo un grito de dolor. Sholto le atizó de nuevo en el rostro, con el puño diestro, y lo hizo caer sobre la mesa.

Ralph dio una vuelta de campana y desapareció por el otro lado.

Sholto rodeó la mesa y lo encontró tendido en el suelo, sin ganas de levantarse.

—¡En pie, Colvin!

—No tengo fuerzas.

—¿Te marcharás ahora?

—Si me prestas un par de muletas....

—¡No estoy para bromas, Colvin!

—Ni yo, te lo aseguro. Me has dado un buen repaso.

—De poco me ha servido, porque me has vencido. Eres muy bueno con los puños, Lang.

—Menos mal que lo reconoces.

—Échame una mano, por favor —pidió Ralph. Sholto lo miró con desconfianza.

—Sin trucos, ¿eh, Colvin? —advirtió, apuntándole con el dedo.

—Descuida, no pienso reanudar la pelea.

Sholto le tendió la mano y lo ayudó a ponerse en pie.

—Gracias, colega —sonrió levemente Ralph, mientras se oprimía la zona del hígado.

—Largo, Colvin.

—Espera que coja la chaqueta.

—El viejo truco de la chaqueta y el perchero....

Ralph rió, a pesar de los golpes recibidos.

—Dio resultado, Lang. Te pillé totalmente desprevenido.

—No volverá a suceder, así que no intentes sorprenderme de nuevo.

—Tranquilo, ya te he dicho que no pienso continuar la pelea.

—Mejor para ti.

Ralph cogió su chaqueta y se la puso.

—¿De verdad no quieres ayudarme a resolver el caso de las bailarinas, Lang?

—Resuélvelo tú solo, ya que eres tan bueno.

—Iríamos a medias.

—Olvídalo. No trabajaría contigo ni por un millón de dólares.

—Está bien, no insistiré. Pero quiero que sepas una cosa, Lang.

—¿El qué?

—Me hubiera gustado trabajar contigo. Yo a ti te caigo mal, pero tú a mí me caes bien.

—Desaparece de una vez, Colvin.

—Sí, ya me voy. No creo que cambies de opinión, pero, si así fuera telefonéame. Yo no estaré en la oficina, pero mi secretaria sabrá localizarme y me dará el recado.

—No tendrá necesidad de localizarte, puedes estar seguro.

Ralph sonrió levemente.

—Adiós, Lang.

—No vuelvas por aquí, Colvin.

—De acuerdo —respondió Ralph, y abandonó el despacho.

Capítulo III

HACÍA casi una hora que Ralph Colvin se había marchado, pero Sholto Lang seguía de mal humor.

No podía con la presunción de su colega.

Reconocía que Ralph era un excelente investigador, pero le reventaba que continuamente alardeara de ello y se considera el mejor de todos.

La vanidad era su mayor defecto,

Y quizá el único serio.

Si no fuera por su maldita presunción, Ralph Colvin resultaría un tipo cordial y simpático, pero así....

Sholto Lang dejó de pensar en su colega, porque alguien estaba pulsando el timbre de su oficina

El investigador se levantó y salió de su despacho, sin ponerse la chaqueta. No le importaba recibir a los clientes en mangas de camisa y con el nudo de la corbata aflojado.

Suponiendo que fuera un cliente, claro, que eso aún estaba por ver.

Sholto confiaba en que sí.

Hacía un par de días que había resuelto su último caso y estaba deseando aceptar otro, porque le gustaba la actividad. Lo suyo era investigar, no ordenar papeles en su despacho, como un vulgar oficinista.

Y no tenía nada contra los oficinistas, conste.

Sucedía, sencillamente, que él era un hombre de acción.

Y quería tenerla de nuevo.

Sholto abrió la puerta de su oficina.

—¿El señor Lang....? —preguntó la chica que había hecho sonar el timbre.

—Sí, soy yo —respondió el investigador, fijándose en ella.

Era bonita y poseía una figura esbelta. Tenía el cabello rubio, ni corto ni largo, los ojos claros, y los labios bien dibujados. Lucía un vestido mañanero que le sentaba perfectamente.

Como mucho, la chica tendría unos veintidós años.

—Mi nombre es Lisa Newley —se presentó la joven—, ¿Podía hablar con usted, señor Lang?

—Desde luego. Pase usted, Lisa.

—Gracias.

La atractiva muchacha entró en la oficina y el investigador cerró la puerta.

—Hablabamos en mi despacho. Sígame, por favor —rogó Sholto.

Pasaron al despacho, Sholto indicó a la joven que se sentara, y a continuación se sentó él, en su sillón,

—Bien, usted dirá, Lisa.

—Quiero encargarle un caso, señor Lang.

—No llevo ninguno entre manos, así que podré aceptarlo.

—Me da una alegría.

—¿De qué se trata, Lisa?

—Una amiga mía, a la que aprecio mucho, ha desaparecido.

—¿Cómo se llama su amiga?

—Britt Darnell.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Ayer, al mediodía. Comimos juntas. Compartimos el mismo apartamento, ¿sabe?

—¿A qué se dedica Britt, Lisa?

—Es bailarina.

Sholto respingó en su sillón.

—¿Ha dicho bailarina...?

—Sí, esa es su profesión. Actualmente trabajaba en El Calamar Rojo. ¿Conoce usted ese club, señor Lang? —Sí, lo he oído nombrar.

—Britt actuó anoche normalmente, se cambió, y abandonó el club, pero algo debió ocurrirle, porque no vino a casa.

Sholto guardó silencio.

Lisa Newley, extrañada, observó:

—Se ha quedado usted muy callado, señor Lang.

—Tengo mis motivos.

—¿Qué le ocurre? ¿No quiere aceptar el caso?

—Yo no he dicho eso.

—¿Tiene algo contra las bailarinas?

—Nada.

—Me pareció que se sorprendía, cuando le dije que Britt es bailarina.

—Efectivamente, me sorprendí —admitió el investigador—. Pero por otro motivo.

—¿Cuál?

—¿Conoce usted a Ralph Colvin?

—No sé quién es.

—¿Seguro?

—¿Por qué iba a mentirle?

—Si la envió él, tendría una buena razón para negar que lo conoce.

Lisa Newley puso una cara muy rara.

—¿Enviarme a mí ese Ralph Colvin....?

—Es un viejo zorro y le creo capaz de cualquier cosa.

—No entiendo nada, señor Lang.

—Se lo explicaré, Lisa, por si es cierto que no conoce usted a Ralph Colvin. Es investigador privado, como yo, pero no me llevo bien con él. Hace apenas una hora estuvo aquí, en mi despacho, y nos liamos a puñetazos.

—Eso está muy feo, entre colegas —opinó la joven.

—Colvin me dijo que lleva un caso entre manos. Un caso muy difícil, según él, y lo llama «el caso de las bailarinas».

Ahora fue Lisa Newley la que respingó.

—¿De veras...?

—Colvin me propuso que colaborara con él en la investigación de ese complicado caso, pero yo me negué rotundamente. Y, un rato después, aparece usted y me dice que una amiga suya, bailarina de profesión, ha desaparecido. Quizá sea una coincidencia, pero también puede ser un plan ideado por el bribón de Colvin, para meterme en el caso que él está investigando. ¿Comprende ahora mi desconfianza, Lisa....?

La joven asintió con la cabeza.

—Perfectamente, señor Lang. Pero le repito que no conozco a Ralph Colvin. Si no me cree usted y piensa que él me envió para meterle en el caso, será mejor que me marche —decidió, poniéndose en pie.

—Por favor, siéntese.

—Sólo lo haré si me dice usted que no desconfía de mí.

Sholto sonrió.

—Me fío de usted, Lisa.

—¿Seguro?

—Sus ojos miran con sinceridad. Por cierto, ¿sabe que los tiene muy bonitos?

—Gracias —sonrió también la joven, y volvió a sentarse.

—¿Es bailarina, Lisa? —preguntó Sholto.

—¿Yo?

—Sí.

—No, yo trabajo en una cafetería. Soy camarera.

—Ya.

—Soy decente, ¿eh? No acepto proposiciones, aunque recibo muchas —aseguró la muchacha.

—No me extraña que se las hagan, porque es usted una joven muy atractiva.

—Britt aún lo es más, pero tampoco las acepta.

—También es decente, ¿eh?

—Así es. Aunque algunos, por su profesión, no lo crean. Las bailarinas y las camareras tenemos mala fama.

Sholto carraspeó.

—¿Tiene alguna fotografía de Britt, Lisa?

—Sí, le he traído dos. Una de medio busto, en la que se aprecian mejor sus facciones, y otra de cuerpo entero, que le tomaron en plena actuación.

—Enséñemelas.

Lisa abrió su bolso y extrajo un par de fotos, ofreciéndoselas al investigador.

Sholto las observó.

Al mirar la de cuerpo entero, casi se le escapa un silbido, porque la bailarina aparecía muy ligera de ropa.

Lisa se dio cuenta de ello y sonrió.

—Puede silbar, si quiere. No me molestaré por ello.

El investigador tosió.

—Su amiga es un monumento de mujer, Lisa.

—Lo sé.

—¿No tiene usted idea de lo que pudo sucederle?

—No, ninguna. Aunque eso de que ese tal Ralph Colvin lleve un caso entre manos que él llama «el caso de las bailarinas», me hace sospechar que no es sólo Britt la que ha desaparecido.

—Lo mismo sospecho yo.

—¿Por qué no habla con su colega, señor Lang?

—No, no quiero saber nada de él —gruñó Sholto—. Buscaré a Britt por mi cuenta. —Como prefiera.

—¿Tenía coche Britt?

—Sí, un Dodge color crema. Solía dejarlo en el callejón al que da la puerta trasera de El Calamar Rojo.

—También habrá desaparecido, supongo.

—Así es.

—¿Sabe el número de la matrícula?

—Sí, de memoria.

—Dígamelo y lo anotaré.

Lisa se lo dio y el investigador lo apuntó detrás de una de las fotos.

—Es todo, Lisa —dijo Sholto.

—¿No quiere que hablemos de sus honorarios?

—Cuando termine mi trabajo.

—Espero que no me arruine.

—Descuide. A las chicas bonitas les aplico una tarifa especial —
aseguró el investigador, sonriendo.

Capítulo IV

SHOLTO Lang iba a tener muchos problemas para encontrar a Britt Darnell.

Viva, desde luego, ya no la podría encontrar, porque la bailarina había muerto la pasada noche, en el sótano del viejo y solitario caserón al que fue conducida por el tipo que la secuestrara.

El individuo no mintió cuando, respondiendo a la pregunta de Britt, dijo que la extraña rampa metálica que tenía instalada en el sótano del caserón era «la rampa de la muerte».

Efectivamente, la muerte aguardaba al final de la rampa.

Había un pozo.

Un pozo en el que inevitablemente caerían las personas que fuesen obligadas a deslizarse por la rampa.

Y con esa intención había llevado el tipo a la bailarina hasta allí.

Pensaba obligarla a deslizarse por la rampa metálica.

Hacerla caer al pozo.

Y allí encontraría la muerte.

Britt Darnell, tras la fría respuesta del sujeto que se cubría el rostro con una horrible careta de goma, empezó a temblar como si la hubieran metido completamente desnuda en una cámara frigorífica.

—¿Por qué..., por qué me ha traído a este siniestro lugar...? —preguntó, tartamudeando a causa del terror que sentía, pues parecía intuir que no iba a salir viva de aquel sótano. —Quiero que pruebes la rampa —respondió su secuestrador.

—¿Que la pruebe?

—Sí, que te deslices por ella.

—Al final de la rampa hay un pozo....

—Efectivamente.

—¡Caeré en él, si me deslizo por la rampa!

El tipo emitió una risita.

—De eso se trata, preciosa.

La bailarina tuvo un fallo cardíaco.

—¿Quiere que caiga al pozo....?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que sepas lo que hay en él.

—No es necesario que caiga en el pozo, para saber lo que hay en él. Bastará con que usted me lo diga.

—Si te lo digo, ya no habrá sorpresa.

—No importa. En realidad, a mí no me gustan las sorpresas. Y menos, las que aguardan al fondo de un siniestro pozo.

El tipo volvió a reír bajo la careta de goma.

—¿De verdad quieres que te diga lo que hay en el pozo....?

—Sí.

—No te va a gustar, te lo advierto.

—Menos me gustaría comprobarlo personalmente.

—Está bien, te lo diré. Hay serpientes venenosas.

Britt Darnell casi se desmaya de horror.

—¿Serpientes... venenosas? —repitió, con un hilo de voz.

—Sí. Tres, exactamente.

—¿Y quiere que me piquen...?

—Bueno, eso depende de ellas. A lo mejor les caes simpática y se limitan a pasearse por tu cuerpo, sin picarte —respondió el individuo, con ironía.

La bailarina se estremeció hasta la médula.

Y es que ya parecía sentir las tres serpientes venenosas pasearse por su tembloroso cuerpo.

—Dígame que todo esto es una broma, por favor —suplicó, muerta de pánico.

—No lo es.

—¿Quiere matarme, entonces....?

—Sí.

—¿Por qué razón? ¿Qué le he hecho yo? ¿Qué tiene contra mí?

—Contra ti, en particular, nada. Contra las bailarinas, en general, mucho.

—¿Quiere asesinarme solamente por eso, por ser bailarina....?

—Sí.

—¡No es justo!

—Puede que no, pero estoy dispuesto a acabar con todas las bailarinas que atrape.

—¡Está loco!

—No, no estoy loco. Sólo estoy lleno de odio contra las bailarinas, porque una de ellas se portó muy mal conmigo. Yo la quería como jamás había querido a ninguna mujer y ella... No, prefiero no hablar de ello, porque me quema la sangre.

—¡Yo no tengo la culpa de que esa bailarina a la que usted amaba se portara tan mal!

—Lo sé, pero ya te he dicho que odio a todas las bailarinas. Tú lo

eres, y por eso vas a morir. No serás la primera en deslizarte por esa rampa y caer al pozo. Ni la última.

Britt Darnell, que no sabía qué hacer ni qué decir para librarse de la muerte, sugirió:

—¿Por qué no se quita la careta?

—¿Para qué?

—Quisiera ver su rostro, antes de morir.

El tipo titubeó.

—No, prefiero seguir con la careta puesta.

—Por favor... —insistió la bailarina.

Tras una nueva vacilación, el individuo accedió:

—De acuerdo, me la quitaré.

Se despojó de ella con la mano izquierda, porque en la derecha tenía la pistola provista de silenciador.

Britt lo observó largamente.

—Tenía usted razón, no lo conozco de nada.

—Ya te lo dije.

—¿Sabe que es un tipo bien parecido?

—¿Tú crees?

—Sí, es un hombre realmente atractivo.

—Gracias.

—No sé por qué se portó mal esa bailarina con usted, pero no hay duda de que se equivocó. Yo, en su lugar, me hubiera sentido muy feliz de que un hombre como usted me amara. Y le habría correspondido estoy segura.

El tipo sonrió fríamente.

—Si lo dices para librarte de la rampa de la muerte, pierdes el tiempo.

—No, no lo digo por eso —mintió Britt—. Me gusta usted, y lamento profundamente lo que le sucedió con esa bailarina. Quizá yo no sea tan hermosa como ella, pero si me diera usted la oportunidad de hacerle feliz, creo que lo conseguiría. Me esforzaría por hacerle olvidar a esa otra mujer, se lo aseguro.

El tipo movió la cabeza en sentido negativo.

—No podré olvidarla jamás. La amaba demasiado.

—Por favor, déjeme intentarlo —insistió Britt.

—Sería perder el tiempo.

—Cuando veníamos aquí, confesó usted que le gustaba mi cuerpo.

—Es cierto. Pero también dije que no pensaba tocarte, y así ha sido.

—¿Y si yo se lo pidiera...?

—¿Qué?

—Deseo hacer el amor con usted.

—Lo siento, pero a mí no me apetece.

Britt Darnell se desabrochó la blusa y se despojó de ella, quedando con el pecho desnudo, porque no llevaba sujetador. Después, se abrió la falda y la hizo caer blandamente a sus pies, dejando visibles sus largas y bien formadas piernas.

La única prenda que conservó, fue el sucinto pantaloncito rosa.

La bailarina se puso las manos en las caderas y tragó deliberadamente aire, para que sus túrgidos senos se destacasen aún más.

—Míreme bien —dijo.

El tipo la observó de pies a cabeza.

—Te estoy mirando.

—¿Sigue sin apetecerle hacer el amor conmigo?

—Así es.

—Está mintiendo.

—No, digo la verdad. Tu cuerpo es hermoso, pero yo no siento el menor deseo de acariciarlo. Para mí no existe más cuerpo que el de la bailarina que amé.

Britt se le acercó.

Sabía que su única posibilidad de salvación consistía en lograr que aquel loco asesino la deseara lo suficiente como para librarla de la rampa de la muerte.

El tipo permitió que se pegara literalmente a él.

Que le echara los brazos en el cuello.

Que le besara en los labios....

En todo momento, sin embargo, la estuvo apuntando con su pistola.

Britt se convenció de que era inútil tratar de embaucar a su secuestrador, y optó por intentar arrebatarse el arma.

Actuó con rapidez, pero no logró sorprenderle, porque el tipo esperaba que ella intentara desarmarlo.

La hizo caer al suelo de un empujón.

Britt vio que el tipo sacaba un pedazo de cuerda del bolsillo izquierdo de su pantalón. Trató de incorporarse, pero el individuo se le echó encima, la puso boca abajo, y le ató las manos a la espalda.

La bailarina chillaba y pataleaba, presa del terror.

El tipo la arrastró hacia la rampa metálica y la empujó por los hombros, obligándola a deslizarse.

—¡NOOOOOOO....! —chilló desgarradoramente la bailarina, porque pensaba en las tres serpientes venenosas que le esperaban en el fondo del pozo.

Capítulo V

LISA Newley se había puesto en pie y se estaba despidiendo de Sholto Lang, al que había tendido la mano.

—Adiós, señor Lang. Y gracias por haber aceptado el caso.

El investigador privado, que también se había levantado de su sillón, estrechó cálidamente la suave mano de la camarera.

—¿Tiene usted coche, Lisa? —preguntó.

—No.

—Entonces, permítame que la lleve en el mío.

—No se moleste, señor Lang.

—Será un placer se lo aseguro.

—Qué amable es usted.

—Espere que me ponga la chaqueta.

Sholto se apretó el nudo de la corbata, se desdobló los puños de la camisa, y se colocó la chaqueta. Después de coger las fotos de Britt Darnell y guardárselas en el bolsillo interior, dijo:

—Podemos irnos, Lisa.

—Vamos, pues.

Salieron del despacho y abandonaron la oficina, cuya puerta cerró el investigador con llave. Descendieron las escaleras y alcanzaron la calle.

El coche de Sholto, era un Chrysler azul oscuro. Subieron en él y el investigador lo puso en marcha.

—¿Adónde la llevo, Lisa?

—A casa.

—¿No tiene que trabajar en la cafetería, esta mañana?

—No, hago el turno de cuatro a doce.

—¿Ocho horas de trabajo seguidas....?

—No, tengo media hora de descanso, para cenar.

—No es mucho.

—Desde luego que no. Pero hay que conformarse.

—¿Tiene algún día libre, entre semana?

—Los jueves.

—Mañana es jueves.

—Sí.

—La invito a cenar.

—Acepto.

—No está obligada, ¿eh?

—Ya lo sé.

—Lo digo porque no soy un tipo precisamente guapo.

—Tampoco es feo.

—Dicen que tengo cara de boxeador.

—Tienen razón. Pero de boxeador simpático.

Sholto rió.

—Me alegra oírle decir eso.

—Es la verdad. No crea que le doy coba, para que me cobre menos cuando me presente la factura. Tampoco he aceptado su invitación por eso.

—Ni yo la he invitado con intención de aprovecharme.

—Estoy segura de ello.

—¿Ha tenido algún novio, Lisa?

—Sí, uno. Pero rompí pronto con él.

—¿Qué pasó?

—Sólo le interesaba una cosa de mí.

—¿Puedo preguntar qué?

—Llevarme a la cama.

Sholto tosió.

—Un tipo ardiente, ¿eh?

—Un sinvergüenza eso es lo que era. De ahí que lo mandara a freír espárragos.

—Hizo bien.

—No lo consiguió, ¿sabe?

—¿El qué?

—Llevarme a la cama.

—Me alegro.

—¿Y usted, señor Lang....? ¿Ha tenido relaciones con alguna mujer?

—Serias, no.

—Simples aventuras, ¿eh?

—Eso es.

—A mí me gustaría encontrar un hombre que me quisiera de verdad, que no se fijase solamente en mis piernas, mis caderas o mi busto, que pensase en el matrimonio, en formar un hogar, en los hijos... Britt y yo lo hemos comentado muchas veces, porque a ella también le gustaría encontrar un hombre así. Pero es muy difícil, ¿sabe?

—No lo creo.

—Sí, es difícilísimo, señor Lang. La mayoría de los hombres sólo

quieren divertirse, pasarlo bien con las mujeres que conocen, pero sin comprometerse con ninguna.

El investigador sonrió.

—Verá como usted no tarda en encontrar a alguien que la quiera sinceramente, Lisa. Y no sólo por su físico, que es espléndido. Tiene usted muchas otras virtudes.

—¿Cómo lo sabe, si nos acabamos de conocer?

—A mí me basta charlar unos minutos con alguien para saber cómo es.

—Eso se llama tener pupila.

—Exacto. Y yo tengo mucha.

—Yo tampoco ando corta de eso, ¿sabe?

—¿De veras?

—¿Por qué cree que acepté su invitación? Sé que puedo fiarme de usted, señor Lang. —Muchas gracias. Y llámeme Sholto, por favor.

—Empiezo a desconfiar.

—¿Por qué?

—Eso de que le llame por su nombre....

El investigador se dio cuenta de que Lisa Newley bromeaba y empezó a reír, siendo imitado por ella.

* * *

Habían llegado ya al edificio de apartamentos en donde vivía Lisa Newley, compartiendo el suyo con Britt Darnell, la infortunada bailarina que la noche anterior fuera obligada a deslizarse por la rampa de la muerte.

Sholto Lang detuvo su Chrysler y paró el motor.

—Hemos llegado, Lisa.

—Gracias por traerme, señor Lang.

—Si no me llama Sholto, tendré que llamarla señorita Newley.

—No me gustaría nada.

—Pues, ya sabe.

—Me ha convencido, Sholto.

—Soy un tipo muy persuasivo.

—Hasta mañana.

—Quizá nos veamos antes.

—Por mí, encantada.

—Si averiguo algo, se lo haré saber, Lisa.

—Muy bien.

Lisa Newley salió del coche y se introdujo en el edificio, no sin antes volverse un instante y despedirse con la mano del investigador

privado.

Sholto Lang levantó también la suya.

Después, puso su Chrysler en movimiento y se dirigió a la oficina de Ralph Colvin, seguro de que su vanidoso colega no se encontraría en ella.

Pero sí estaría su secretaria.

Y con ella quería hablar Sholto.

Capítulo VI

PEGGY Arnold, la secretaria de Ralph Colvin, tenía veinticuatro años de edad, el cabello rojizo, y los ojos verdes, grandes, un tanto picaros.

Estaba escribiendo a máquina, sin prisas, y mascaba un chicle.

Al oír que llamaban a la puerta, se levantó de la silla y rodeó su mesa. Vestía una blusa de tirantes, con un escote harto atrevido, y una ceñida falda, que dibujaba perfectamente la curva de sus caderas y la línea de sus muslos.

Taconeando fuerte, alcanzó la puerta y abrió.

—Hola —saludó el hombre que había llamado.

—¿Qué desea? —preguntó Peggy.

—Eres la secretaria de Ralph Colvin, ¿verdad?

—En efecto.

—Soy un colega de tu jefe.

—¿De veras?

—Mi nombre es Sholto Lang.

La pelirroja respingó.

—¡Sholto Lang....!

—Colvin te ha hablado de mí, ¿verdad?

—¡Mucho!

—Y mal, supongo.

—Digamos que regular.

—Mejor es eso que mal.

—Mi jefe no está, señor Lang.

—Ya lo sé. Por eso he venido.

—¿Eh?

—No quiero hablar con él, sino contigo.

—¿Conmigo....? —se sorprendió la pelirroja.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —preguntó Sholto.

—Peggy.

—¿Puedo pasar, Peggy?

—Por supuesto.

La secretaria de Ralph Colvin se hizo a un lado y Sholto Lang entró en la oficina. El investigador esperó a que Peggy Arnold cerrara la puerta y dijo:

—He venido en busca de información, Peggy.

—¿Qué clase de información?

—Sé que Colvin lleva entre manos un caso que él llama «el caso de las bailarinas».

La pelirroja parpadeó.

—¿Cómo se ha enterado....?

—El mismo me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Estuvo esta mañana en mi oficina. Vino a pedirme que colaborara con él en el caso de las bailarinas, pero yo me negué. Y no sólo eso, sino que nos liamos a castañazos.

—¡Señor! —exclamó la secretaria, llevándose una mano a los labios.

—No temas, tu jefe está bien.

—Menos mal.

—¿Puedes hablarme del caso de las bailarinas, Peggy?

—¿Para qué? Si no va a colaborar con mi jefe....

—No voy a trabajar con Colvin, pero sí en el mismo caso.

—¿Eh?

—Las circunstancias lo han querido así, Peggy. Poco después de que Colvin abandonara mi oficina, llegó una joven y me encargó la búsqueda de una buena amiga suya, que desapareció anoche. Y la desaparecida es bailarina de profesión.

—¡Otra más! —exclamó la pelirroja, respingando.

—¿Cuántas van, Peggy? —preguntó Sholto.

La secretaria iba a responder, pero se contuvo y dijo:

—Lo siento, señor Lang, no insista. Soy una secretaria fiel y leal, no puedo traicionar a Ralph Colvin. Lo comprende, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Le repito que lo siento.

—No importa, olvídalo.

—¿Por qué no acepta la proposición de mi jefe, señor Lang? —sugirió la secretaria—. Si van a trabajar los dos en el mismo caso, adelantarían más investigando juntos....

Sholto sacudió la cabeza.

—Es imposible, Peggy. No puedo tragar a Colvin.

—Ya.

—Bien, no te entretengo más.

—No se preocupe, señor Lang. Ha sido un placer hablar con usted.

Sholto esbozó una sonrisa.

—Para mí también lo ha sido, te lo aseguro. Aunque no me hayas dado la información que vine a buscar.

—Lo lamento de veras, créame.

—Adiós, Peggy.

—Hasta la vista, señor Lang.

Sholto abrió la puerta y salió de la oficina.

Antes de cerrar, dijo:

—¿Puedo pedirte un favor, Peggy?

—Claro.

—No le digas a tu jefe que he estado aquí.

—Descuide.

—Gracias, preciosa —sonrió el investigador, y cerró la puerta.

* * *

Peggy Arnold había vuelto a sentarse frente a la máquina de escribir, pero todavía no había reanudado su trabajo, porque estaba pensando en Sholto Lang.

Lo único que había hecho, era recuperar su chicle, que antes dejara pegado a uno de los ángulos de su mesa. Se lo había puesto de nuevo en la boca y mascaba con lentitud.

De pronto, volvieron a llamar a la puerta.

Peggy dio un respingo, pues pensaba que era Sholto Lang otra vez.

Se levantó rápidamente y, sin quitarse el chicle de la boca en esta ocasión, corrió a abrir. Tiró de la puerta con la sonrisa en los labios, pero se le enfrió al instante, porque no era Sholto Lang, sino dos individuos de fea catadura.

—¿Qué quieren? —preguntó, ligeramente asustada.

—¿Está Ralph Colvin? —preguntó a su vez el tipo de la derecha, que llevaba bigote.

—No, salió.

—¿Tardará mucho en volver? —preguntó el otro individuo, que tenía una cicatriz debajo del ojo izquierdo.

—No lo sé.

—Tú eres su secretaria, ¿verdad? —dijo el del bigote.

—Sí.

—Entonces, te daremos un recado para el bastardo de tu jefe.

Peggy se tragó el chicle al ver que el tipo del bigote se metía la mano en el bolsillo y extraía una navaja de resorte.

El otro fulano, el de la cicatriz, hizo lo propio, acentuando el terror de la secretaria de Ralph Colvin, que retrocedió de forma instintiva.

Los tipos penetraron en la oficina y cerraron la puerta.

Peggy no pudo retroceder más, porque había topado con su mesa.

Los individuos la flanquearon, impidiendo que pudiera situarse detrás de la mesa. El del bigote la agarró del brazo derecho y el de la cicatriz le aferró el brazo izquierdo.

Peggy, que temblaba como una hoja y estaba blanca como una bata de médico, preguntó sin apenas voz:

—¿Qué van a hacerme?

—Te daremos a elegir —dijo el tipo del bigote—. Podemos marcarte la cara con nuestras navajas, el pecho, o las piernas.

—¿Qué prefieres, muñeca? —preguntó el fulano de la cicatriz.

Peggy no pudo responder.

Se había quedado muda de horror.

Le temblaban tanto las piernas, que se hubiera desplomado de no haber estado sujeta por la pareja de individuos.

El tipo del bigote le acercó tanto la punta de su navaja a la mejilla, que llegó a rozársela, provocando en la secretaria de Ralph Colvin un profundo estremecimiento.

—¿Lo has decidido ya, pelirroja....? —preguntó, con cavernosa sonrisa.

Peggy, a punto de desmayarse, suplicó:

—No me pinchen con sus navajas, por favor.

—Tenemos que hacerlo, guapa.

—¿Por qué? ¿Qué daño les he hecho yo?

—Tú, ninguno, pero el hijo de perra de tu jefe, mucho.

—Entonces, píntenlo a él con sus navajas. ¿Yo que tengo que ver?

—Eres su secretaria —dijo el de la cicatriz—. Y lastimándote a ti, lo lastimamos a él.

—No es justo que lo pague yo, sólo porque trabaje para él.

—Colvin también recibirá su merecido, te lo aseguro. Comparado con lo que le haremos a él, lo tuyo no será nada.

—Repito que no es justo.

—Bien, si no nos dices dónde prefieres que te pinchemos, lo decidiremos nosotros —rezongó el del bigote, presionando ligeramente con el extremo de la navaja en la mejilla de la secretaria.

—¡En las piernas! —gritó Peggy, que ya se veía con la cara llena de feas cicatrices.

—Muy bien —sonrió el tipo, retirando su navaja de la mejilla de la pelirroja.

Después, le abrió la falda y la hizo caer al suelo, dejándola con las piernas al aire.

El fulano de la cicatriz lanzó un silbido.

—¡Qué par de remos!

—Si, tiene unas piernas preciosas —dijo el del bigote—. Lástima que tengamos que marcárselas con nuestras navajas.

—Si nos ofreciera algo interesante a cambio, podríamos perdonarla....

—¿En qué estás pensando?

El tipo de la cicatriz emitió una risita.

—¿No te lo imaginas....? —dijo, acariciando los tentadores muslos de la secretaria.

Peggy se estremeció, y no precisamente de placer, pero continuó callada. Sabía lo que los individuos querían, y dudaba entre ofrecerles su cuerpo, para que se divirtiesen con ella, o negarse y quedar con las piernas horriblemente marcadas.

El fulano del bigote rió también.

—¡Has tenido una gran idea, compañero!

—¿Verdad que sí?

—Falta saber si la pelirroja está de acuerdo.

—Pregúntaselo.

—¿Qué dices, nena....?

Peggy vaciló.

No quería ser violada por los tipos, pero lo de marcarle las piernas con sus navajas....

El de la cicatriz seguía toqueteándole los muslos.

El del bigote alzó su navaja y con el extremo hizo que uno de los tirantes de la blusa de la secretaria se deslizara por su hombro.

Lo hizo bajar tanto, que Peggy no tardó en quedar con un pecho al descubierto.

El fulano del bigote clavó sus ojos en el redondo seno de la secretaria.

—¿Qué te parece esto....? —dijo.

—¡Maravilloso! —exclamó su compañero.

—Le descubriré el otro, para ver si es tan hermoso como éste.

—¡Seguro!

El tipo del bigote se disponía a bajar el otro tirante de la blusa cuando la puerta se abrió de golpe y alguien irrumpió en la oficina, rugiendo:

—¡Basta, puercos!

Capítulo VII

ERA Sholto Lang.

Se había cruzado en el portal con la pareja de individuos, cuyo aspecto no le gustó en absoluto. Al pensar que tal vez se dirigiesen a la oficina de Ralph Colvin, en busca de algún ajuste de cuentas, decidió subir de nuevo.

Sabía que Peggy estaba sola y temía que los fulanos se metiesen con ella, al no encontrar a Ralph Colvin.

Y había acertado de lleno.

Lo supo cuándo pegó el oído a la puerta.

Por eso había irrumpido en la oficina de su colega, dispuesto a defender a la aterrorizada Peggy.

La secretaria se llevó una inmensa alegría al verle aparecer, pues sabía lo bueno que era Sholto Lang peleando, porque Ralph Colvin lo había mencionado en más de una ocasión.

—¡Señor Lang!

—¡Soltadla, cerdos! —ordenó Sholto, abalanzándose sobre los individuos.

El del bigote le atacó con su navaja, pero el investigador burló hábilmente el destellante acero y le soltó un trallazo al tipo, haciendo que le temblaran todos los pelos del mostacho.

El fulano, naturalmente, cayó al suelo.

Y perdió su navaja.

El sujeto de la cicatriz atacó también al investigador con su arma. Sholto saltó de lado y esquivó la navaja.

Antes de que el tipo pudiera encoger el brazo, se lo agarró y se lo dobló con violencia, colocándose en la espalda.

El individuo aulló de dolor, abrió la mano, y la navaja cayó al suelo.

—¡Recoge las navajas, Peggy! —indicó Sholto, al tiempo que le incrustaba la rodilla al fulano de la cicatriz, en los riñones.

El tipo bramó y se derrumbó.

Peggy, que ya se había subido el tirante de la blusa, ocultando el seno que el fulano del bigote le dejara al descubierto, se apoderó rápidamente de las dos navajas.

El tipo del mostacho, medio atontado por el tremendo puñetazo que le asestara el investigador, se puso en pie, mascullando tacos.

Sholto le hundió la zurda en el estómago y, cuando el individuo se encogió, dando un rugido de dolor, le atizó con el puño derecho, justo sobre la ceja izquierda.

Se la partió, claro.

El tipo se vino abajo, con el rostro ensangrentado.

El de la cicatriz se quejaba todavía del hombro derecho y de los riñones. Y pasó a quejarse también de las costillas, porque Sholto le arreó un patadón en el pecho.

El del bigote recibió otro, en la espalda.

Bramaron los dos a dúo.

Sholto se acercó a la puerta y abrió.

—¡Fuera, gusanos, antes de que os parta todos los huesos del cuerpo! ¡Y cómo se os ocurra volver por aquí, acabaré con vuestras puercas vidas, os lo juro!

Los tipos gatearon hacia la puerta, para esfumarse lo antes posible.

Sholto los ayudó a ganar el corredor, propinándoles un puntapié a cada uno en el trasero.

—¡Largo, sabandijas!

Los tipos rodaron por el suelo.

Después, se pusieron en pie, con alguna dificultad, y trotaron hacia la escalera, perdiéndose de vista.

* * *

Sholto Lang cerró la puerta y se volvió hacia la guapa secretaria de Ralph Colvin.

—¿Te encuentras bien, Peggy?

—¡Gracias a usted, señor Lang! —respondió la pelirroja, dejando las navajas de los tipos sobre la mesa y corriendo hacia el investigador.

Se echó a sus brazos y lo besó en los labios, apretadamente.

Sholto tenía las manos en el aire, pero no tardó en posarlas sobre las firmes caderas de la secretaria de su colega, que seguía con las piernas al aire, porque no le había dado tiempo a ponerse la estrecha falda.

Tras el beso, el investigador preguntó:

—¿A qué viene eso, Peggy...?

—Es mi forma de agradecerle lo que ha hecho por mí, señor Lang.

—No podía permitir que los tipos le marcasen las piernas con sus navajas. Ni que abusasen de ti.

—¿Cómo es que volvió?

Sholto se lo explicó.

—Menos mal que se le ocurrió subir de nuevo, señor Lang —suspiró la secretaria—. Si no llega a ser por usted....

—Me alegro de haberte ayudado, Peggy.

—¿Sabe lo que estoy pensando, señor Lang?

—No.

—Que un beso es poco premio.

—Pues dame dos. O tres. Incluso puedes llegar a la media docena.

—Seguiría siendo poco premio.

—¿Qué quieres darme, entonces?

—Información sobre el caso de las bailarinas. —Peggy... —murmuró Sholto, sin poder disimular su alegría.

—Se lo merece, señor Lang.

—Si lo crees así, no seré yo quien lo discuta. —Pero, por Dios, que no se entere Ralph Colvin.

—Por mí no lo sabrá, te doy mi palabra.

—Bien, pregunte lo que quiera, señor Lang.

Sholto carraspeó.

—¿No crees que deberías ponerte primero la falda, Peggy?

—¿La falda...?

—Estás con las piernas al aire. Y son una tentación, te lo aseguro.

La secretaria se separó de él y se miró.

—¡Ni me acordaba! —exclamó, riendo.

Dio media vuelta y fue hacia donde yacía su falda. Cuando se agachó, para recogerla, su trasero quedó por un instante expuesto a los ojos del investigador, que emitió una tosecita, porque Peggy llevaba un breve pantaloncito blanco, que además era transparente.

—Menuda diana... —murmuró.

La secretaria recogió su falda y se irguió.

—¿Decía, señor Lang....? —Preguntó, mirándolo por encima del hombro.

Sholto tosió de nuevo.

—No, nada. Que acabo de acordarme de que tengo una partida de dardos esta tarde.

—¿Es usted buen lanzador? —preguntó Peggy, mientras se ponía la falda.

—Depende de cómo sea la diana.

—¿Influye eso....?

—Mucho.

—No lo sabía.

Sholto, reprimiendo la risa, preguntó:

—¿Cuántas bailarinas han desaparecido, Peggy?

—Con la suya, tres.

—Así que a Colvin le han encargado la búsqueda de dos, ¿eh?

—Por el momento.

—¿Cómo se llaman las chicas?

—Joan Rush y Sally Glouner.

—¿Dónde trabajaban?

—La primera, en el Mogambo Club. La segunda, en El Seis Doble.

—Conozco ambos clubs.

—Son bastante populares.

—¿Cuándo desaparecieron, Peggy?

—Joan Rush, hace tres noches. Y Sally Glouner, hace dos noches.

—¿Después de sus respectivas actuaciones?

—Sí.

Sholto se pasó la mano por el cabello.

—Lo mismo le sucedió a mi bailarina.

—¿Dónde trabajaba? —preguntó Peggy.

—En El Calamar Rojo.

—Y dijo que desapareció anoche, ¿no?

—Así es.

—Desaparece una bailarina por noche, pues.

—¿Ha logrado Colvin averiguar algo, Peggy?

—Nada, hasta ahora. Es un caso muy difícil.

—Si, eso dijo Colvin.

—¿Qué habrá sido de esas chicas, señor Lang?

—No lo sé. Pero, el hecho de que las tres sean bailarinas, me da muy mala espina. Parece demostrar que las secuestran precisamente por eso, por ser bailarinas de profesión. Puede que el secuestrador tenga algo contra las bailarinas. Y si es así, temo por las vidas de esas tres chicas.

—¿Quiere decir que las secuestra para... matarlas?

—Es posible.

—Me alegro de no ser bailarina, pues —dijo la secretaria, estremeciéndose perceptiblemente.

—Ser la secretaria de un investigador privado, también tiene sus riesgos —repuso Sholto, sonriendo.

—No me lo recuerde, que se me pone la piel de gallina.

—No temas, Peggy. Los tipos no volverán.

—Por si acaso, echaré el cerrojo cuando usted se marche.

—Me marchó ya.

—Gracias de nuevo, señor Lang.

—A ti, Peggy, por la información. Y por el beso, que tampoco fue mal premio.

—Si vuelve por aquí, prometo darle otro.

—Seguro que volveré —sonrió Sholto, y abandonó la oficina de su colega.

Capítulo VIII

PEGGY Arnold se apresuró a echar el cerrojo.

Sholto Lang había asegurado que los tipos que tan mal rato le hicieran pasar no volverían, pero ella tenía sus dudas.

La secretaria de Ralph se acercó a su mesa, sobre la que continuaban las navajas de los individuos. Solamente de verlas, se le erizó el vello.

¿Hubieran llegado los tipos a utilizarlas contra ella....?

¿Se hubieran conformado con abusar de ella....?

¿Se habría dejado ella violar sumisamente, para evitar que los fulanos la marcasen con sus navajas....?

Peggy prefirió no responder.

Era mejor olvidar lo sucedido.

Y como no podría hacerlo, si seguía viendo el par de navajas sobre su mesa, las cogió y las guardó en un cajón.

Después, volvió a sentarse frente a la máquina de escribir.

Miró al ángulo de la mesa.

Buscaba el chicle.

Al no verlo pegado allí, recordó que no se lo quitó de la boca cuando los tipos llamaron. Y que se lo tragó del susto, cuando vio que los individuos sacaban sus navajas.

Peggy sonrió y se tocó el estómago.

—Creo que me hubiera tragado hasta una nuez, en esos momentos... murmuró con buen humor.

Luego, buscó otro chicle en el cajón de la mesa. Tenía varios allí.

Le estaba quitando el envoltorio, cuando oyó ruido en la puerta.

Peggy sintió un ramalazo de frío en la espalda. ¡Estaban intentando abrir la puerta! ¡Eran los tipos!

¡Volvían por sus navajas!

¡Y seguro que con ganas de utilizarlas!

Fue lo que pensó la aterrada secretaria, pero se tranquilizó al oír la voz de Ralph Colvin:

—¡Peggy!

—¡Jefe!

—¡Ábreme, Peggy!

—¡En seguida!

La secretaria brincó de la silla y corrió a abrir.

—Pase, jefe.

—¿Por qué echaste el cerrojo? —gruñó Colvin.

—He tenido una visita muy desagradable.

—¿Te refieres a Larry *el Hiena* y Tom *el Culebra*?

Peggy respingó.

—¿Los vio salir, jefe....?

—Y entrar también.

La secretaria abrió la boca.

—¿Que los vio entrar, dice....?

—Sí, estaba estacionando mi coche en la calle, cuando se introdujeron en el portal.

—¿Y por qué no subió en mi ayuda....?

—Porque lo hizo Sholto Lang.

Peggy dio un nuevo respingo.

—¿También lo vio a él....?

—Sí, se cruzó con los tipos en el portal, no debieron gustarle, y subió tras ellos. Sabía que les daría lo suyo, si intentaban algo contigo, y no me equivoqué. A los pocos minutos los vi salir a los dos, maltrechos y doloridos.

—Sholto Lang les atizó duro.

—Sholto nunca atiza blando —rezongó Colvin, masajeándose el mentón.

Tenía un moretón como consecuencia de uno de los puñetazos que le propinara su colega, durante la pelea que sostuvieron.

Peggy carraspeó.

—Los tipos me dieron un susto de muerte, jefe. Sacaron sus navajas y dijeron que iban a marcarme el cuerpo con ellas,

—¿Te hicieron algún daño, Peggy?

—No, porque Sholto Lang intervino a tiempo. Pero ya me habían arrancado la falda y bajado uno de los tirantes de la blusa, dejándome con un pecho al aire.

Ralph Colvin apretó los dientes.

—Se lo haré pagar, te lo aseguro.

—Sholto Lang ya les dio su merecido.

—Sholto Lang les dio una paliza, pero yo haré que no puedan volver por aquí. Son dos ratas inmundas. Y las ratas no deben salir de las cloacas.

Peggy se calló.

Se veía nerviosa, porque temía una pregunta concreta de su jefe.

Y el investigador la hizo:

—¿A qué vino Sholto, Peggy?

—Pues, como usted le habló del caso de las bailarinas....

—¿Te dijo que estuve en su oficina?

—Sí.

—¿Y que nos peleamos?

—Sí.

—Se negó a colaborar conmigo en el caso de las bailarinas.

—Lo sé.

—Le dije que me telefoneara, si cambiaba de parecer, pero, por lo visto prefirió venir personalmente.

Peggy se mordió los labios.

—Sholto no ha cambiado de parecer, jefe.

—¿No....? ¿A qué vino, entonces?

—Quería información sobre el caso de las bailarinas.

—¿Información....?

—Sí.

—¿Y se la diste...?

—Naturalmente que no —mintió la secretaria—. Le dije que hablara con usted, jefe. Ralph Colvin se tironeó el lóbulo de la oreja.

—¿Para qué diablos querrá Sholto información sobre el caso de las bailarinas, si no quiere ayudarme a resolverlo....?

—Anoche desapareció otra bailarina.

—¿Qué?

—Trabajaba en El Calamar Rojo, y una amiga ha contratado a Sholto Lang, para que la busque.

—¡Demonios! —exclamó Colvin—, ¿Así que Sholto está trabajando también en el caso de las bailarinas...?

—Sí —asintió la secretaria.

Ralph Colvin se echó a reír.

—¡Cuánto me alegro, Peggy!

—¿Por qué, jefe?

—¿Es que no te das cuenta....? ¡Trabajando los dos en el mismo caso, pero cada uno por su lado, podré demostrarle que soy mejor investigador que él! ¡Seré yo quien lo resuelva, Peggy!

—Que sea pronto, es menester, porque cada noche desaparece una bailarina —rezongó la secretaria.

—¿Te dijo Sholto el nombre de la que desapareció anoche, Peggy?

—No.

—¿Y el de la chica que lo contrató?

—Tampoco.

—Bueno, al menos sé que trabajaba en El Calamar Rojo. Me daré una vuelta por allí y averiguaré el nombre de la bailarina. Tengo

ventaja, porque Sholto no sabe nada de las bailarinas que yo ando buscando.

Peggy volvió a ponerse nerviosa, aunque se esforzó por disimularlo.

—¿Va a salir de nuevo, jefe? —preguntó.

—Sí, tengo que seguir investigando, o será Sholto Lang quien se lleve el gato al agua. Y eso me sentaría como un tiro, Peggy. ¡Está en juego mi prestigio! —aseguró Colvin, y dejó nuevamente su oficina.

Capítulo IX

EL Topacio Club era un local de categoría similar a la de El Calamar Rojo. No figuraba entre los mejores, pero tampoco entre los peores.

Las luces de la sala se habían apagado hacía tan sólo unos segundos, para dar paso a la actuación de Amanda Blyth, una bailarina que sabía cómo meterse al público en el bolsillo.

Había aparecido en la pista de atracciones vestida de india.

Y, como tenía el pelo negro como el azabache y la piel morena, parecía una india auténtica.

Naturalmente, la música era la apropiada para un número como aquél.

Una música ruidosa.

Dura.

Salvaje.

Con mucho tambor.

La danza de Amanda Blyth, también era salvaje.

Pero tenía calidad.

Algunos espectadores, sin embargo, no reparaban en la calidad del número, porque estaban pendientes de las esculturales piernas de la bailarina.

En los sensuales movimientos de sus caderas.

En su formidable busto.

Y es que el traje de india, además de corto, estaba totalmente abierto por los lados y tenía mucho escote.

Las luces de un par de reflectores, que variaban continuamente de color, seguían los movimientos de la bailarina, cuya piel empezaba a brillar, a causa del esfuerzo.

De pronto, la música se tornó aún más ruidosa, más dura, más salvaje. Los tambores, ahora, sonaban tan fuerte que parecía que iban a romperse.

Era el momento culminante del número de Amanda Blyth.

La bailarina, que daba unos saltos increíbles, tiró repentinamente de su atrevido vestido de india y lo hizo caer, quedando prácticamente desnuda, ya que debajo sólo llevaba un reducido pantaloncito de piel.

El público rompió a aplaudir.

Amanda Blyth siguió con su salvaje danza, para deleite de los espectadores, y poco después, tras un tremendo salto, cayó al suelo,

con una pierna hacia adelante y la otra hacia atrás, y dobló su cuerpo hasta rozar con los labios la rodilla de la pierna que tenía adelantada.

La música cesó, porque era el final del número, y el público volvió a aplaudir con ganas, premiando así la magnífica actuación de la bailarina.

Amanda Blyth se puso en pie con envidiable ligereza, saludó al respetable, con una preciosa sonrisa en los labios, y se retiró de la pista.

El presentador de la sala, un tipo joven y apuesto, vestido de smoking brillante, la estaba esperando.

—¡Formidable, Amanda! —dijo, al tiempo que la palmeaba la casi desnuda grupa.

El palmetazo no le hizo ninguna gracia a la bailarina, que no dudó en soltarle una sonora bofetada al presentador.

—¡Toma, para que aprendas!

—¿A qué? —preguntó el tipo, llevándose la mano a la mejilla.

—¡A respetarme!

—Si sólo te he dado una palmadita....

—¡La próxima, se la das a tu tía! ¡Puede que a ella le guste! —dijo la bailarina, y fue hacia su camerino, caminando con altivez.

—Qué genio... —murmuró el presentador, y salió a la pista, con la mejilla izquierda muy colorada.

Amanda Blyth alcanzó su camerino y se introdujo en él.

A los pocos minutos, salía vestida.

Había terminado su trabajo por aquella noche, así que abandonó el club por la puerta de servicio.

Su coche, un Pontiac blanco, aguardaba a menos de diez metros.

La bailarina fue hacia él, abrió la portezuela, y se introdujo en el vehículo.

Justo cuando iba a poner el motor en marcha, notó que algo presionaba su nuca. Algo frío, duro, que le hizo pensar en el cañón de una pistola.

Y acertó de lleno.

Era una pistola lo que le habían puesto en la nuca.

Una pistola provista de silenciador.

Por el espejo interior del coche, la bailarina descubrió al hombre que empuñaba la pistola.

Como el tipo se cubría el rostro con una terrorífica careta de goma, Amanda Blyth no pudo reprimir un grito.

—Silencio, preciosa, o no vivirás para contarlo —advirtió el individuo, con gélida voz.

La bailarina no volvió a gritar.

—Vas a hacer lo que yo te diga, ¿de acuerdo? —añadió el tipo.

Amanda Blyth asintió con un leve movimiento de cabeza, porque no podía hablar. El terror la había dejado muda.

—Pon el coche en marcha y llévalo por donde yo te indique —ordenó el individuo, sin apartar la pistola de la nuca de la bailarina.

Amanda obedeció.

No podía negarse.

Estaba en manos del tipo de la careta y tendría que hacer todo lo que él le ordenara, aunque no le gustase.

* * *

Eran las doce y algunos minutos cuando Lisa Newley salió de la cafetería en donde trabajaba de camarera. Lo hizo con gesto cansado, como siempre, porque ocho horas de trabajo seguidas, con sólo media hora de descanso para cenar, agotaban lo suyo.

De pronto, la joven se detuvo en la acera y su expresión cambió por completo.

—¡Sholto! —exclamó.

El investigador privado sonrió.

Estaba de pie, junto a su coche, y apuraba un cigarrillo.

—Le dije que a lo mejor nos veríamos antes de mañana, ¿recuerda?

Lisa se acercó a él.

—Le agradezco que haya venido a recogerme, Sholto.

—No tiene importancia.

—¿Hace mucho que espera?

—No, sólo unos minutos. Lo justo para fumarme un pitillo —respondió el investigador, arrojando la colilla—. Subamos al coche.

Se introdujeron en el Chrysler y Sholto Lang lo puso en movimiento.

—¿Ha averiguado algo, Sholto? —preguntó la camarera.

—Sí, que como mínimo son tres las bailarinas desaparecidas, a razón de una por noche. Las otras dos, las anda buscando Ralph Colvin, y se llaman Joan Rush y Sally Glouner. ¿Le suenan sus nombres....?

—No.

—Trabajaban en el Mogambo Club y El Seis Doble, respectivamente.

—¿Habló con Ralph Colvin, por fin?

—No.

—¿Y cómo sabe qué...?

—Me lo dijo su secretaria.

—Bueno, la verdad es que no la conocía. Fui a la oficina de Colvin porque sabía que él no estaría en ella. Sabía, también que tenía secretaria. Y con ella hablé. Se llama Peggy. Y es una chica muy simpática.

—Y muy desleal, también.

—¿Por qué lo dice?

—Se supone que la secretaria de un investigador privado no debe darle información a otro investigador sobre los casos que lleva su jefe. ¿O sí....?

Sholto Lang sonrió.

—Tiene usted razón, Lisa. Pero Peggy no es una secretaria desleal, se lo aseguro. Y lo demostró negándose a darme información sobre el caso de las bailarinas.

—¿Pero no acaba de decir que fue ella la que...?

—Sí, pero porque sucedió algo que la obligó moralmente a darme la información que yo le pedía.

—¿Qué pasó?

Sholto le habló de los tipos de las navajas y de lo que pensaban hacer con la secretaria de Ralph Colvin.

Lisa se horrorizó.

—¡Pobre chica! ¡Debió pasar un rato espantoso!

—Imagínese.

—Menos mal que intervino usted, Sholto.

—La libré de los tipos, y ella, en agradecimiento, me dio la información que antes me negara.

—Yo en su lugar, también se la hubiera dado. Aunque luego me costase el empleo. —Peggy no perderá el suyo, porque Colvin no sabrá que me dio información sobre el caso de las bailarinas. Pero, si se enterara y la despidiera, la tomaría yo como secretaria.

—¿Por agradecimiento... o porque le gusta?

El investigador sonrió.

—Peggy es una chica muy atractiva, desde luego. Pero yo no la emplearía por eso, sino porque es una buena secretaria.

—Le creo.

Poco después, Sholto Lang detenía su coche frente al edificio de apartamentos en donde vivía Lisa Newley.

—Gracias por acompañarme, Sholto —dijo la camarera.

—Ha sido un placer, Lisa.

—¿Le apetece tomar una copa en mi apartamento?

—Me encantaría, pero no quiero molestarla. Sé que está cansada y que desea meterse en la cama cuanto antes.

—Es cierto que estoy cansada, pero me agradaría charlar con usted unos minutos más, Sholto. Suba, por favor —insistió la joven.

—De acuerdo.

Salieron del coche y subieron al apartamento que Lisa Neley compartía con Britt Darnell. Y que ya no lo volvería a compartir, porque la bailarina había muerto.

Lisa hizo pasar al investigador al living.

—Siéntese, Sholto.

—¿Puedo quitarme la chaqueta?

—¿Piensa pegarse con alguien...?

El investigador rió el chiste de la camarera.

—Nunca se sabe —respondió, siguiendo la broma.

—Quítesela. Sholto. Quiero que se sienta cómodo. Como en su casa.

—Gracias.

Sholto se despojó de la chaqueta y la dejó sobre un sillón, sentándose seguidamente en el sofá.

Lisa estaba preparando ya las copas.

Le ofreció una al investigador y se sentó a su lado.

Sholto tomó un sorbo de licor y dijo:

—¿Sabe por qué fui a esperarla, Lisa?

—No.

—Sentía deseos de verla de nuevo.

—¿De veras?

—He pensado mucho en usted a lo largo del día. Lisa, créame.

—Yo también he pensado en usted, Sholto —confesó la joven—. Y me alegré mucho cuando lo vi, al salir de la cafetería.

El investigador le cogió la mano y se la oprimió con suavidad.

—Lisa....

—¿Qué?

—Me muero de ganas de darle un beso.

—Pues démelo, que a mí no me gustan los funerales. Sholto rió y la besó.

La camarera le devolvió la caricia.

Después, con pícara sonrisa, preguntó:

—Ya no hay peligro de que se muera, ¿verdad? —Creo que no.

—Me alegro de haberle salvado la vida.

Rieron los dos.

Poco después, y sin que ninguno de los dos dijera nada, volvían a unir sus bocas, con más pasión que antes.

Capítulo X

—HEMOS llegado, guapa —dijo el tipo que amenazaba a Amanda Blyth con su pistola—. Para el coche y baja.

La asustada bailarina detuvo su Pontiac frente al viejo y solitario caserón, paró el motor, y se apeó, pálida y temblorosa, porque se temía lo peor.

Su secuestrador descendió también del vehículo y la apuntó de nuevo con su arma.

Por el camino, Amanda Blyth no había pronunciado palabra, limitándose a llevar su coche por donde le iba indicando el individuo que se cubría el rostro con una horrible careta de goma.

El tipo tampoco le había dado ninguna explicación de por qué la había secuestrado y lo que pensaba hacer con ella.

La bailarina, tras observar el viejo caserón, se atrevió a preguntar:

—¿Por qué me ha traído a este lugar?

—Quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Está dentro de la casa.

—¿Vive usted aquí?

—No, sólo vengo de vez en cuando.

—Es un lugar siniestro.

—Por dentro no está tan mal. Entremos y lo comprobárs

Amanda Blyth no tuvo más remedio que caminar hacia la puerta del caserón, porque el tipo no dejaba de amenazarla con su pistola.

Entraron en la casa.

El individuo cerró la puerta e indicó:

—Camina hacia el fondo, preciosa.

—¿Qué es lo que quiere enseñarme? —preguntó la bailarina.

—Una cosa que tengo en el sótano.

Amanda se detuvo en seco.

—¿En el sótano...?

—Eso he dicho.

—Prefiero que me enseñe otra cosa. No me gustan los sótanos.

—Lo siento, pero lo que yo quiero enseñarte, está allí. Vamos, muévete —ordenó el tipo, empujándola.

La bailarina caminó hacia el fondo del vestíbulo.

Allí había una puerta.

El tipo la abrió e indicó:

—Adentro, hermosa.

Amanda Blyth vaciló.

No quería entrar en el sótano, porque parecía intuir que no saldría viva de allí. Pero tampoco saldría viva de la casa, si echaba a correr, porque su secuestrador no dudaría en dispararle y acabaría con ella.

El tipo, al ver que titubeaba, la agarró del brazo y la metió en el sótano.

—¡Adentro he dicho!

La bailarina descubrió la rampa metálica.

Con ojos agrandados, preguntó:

—¿Qué diablos es eso....?

—Lo que quería mostrarte.

—¿Para qué sirve?

—Es una rampa. Y sirve para deslizarse por ella.

—¡Al final hay un pozo!

—En efecto. Y en él caen las personas que se deslizan por la rampa.

Amanda Blyth sintió culebrear el pánico en sus huesos.

—¿Hay agua en ese pozo....?

—No.

—¿Qué hay, entonces?

—Depende. Anoche, había tres serpientes venenosas.

La bailarina creyó morirse de espanto.

—¡Serpientes venenosas....! —chilló, haciendo ademán de correr hacia la puerta del sótano.

El tipo cortó el paso con un rápido movimiento.

—¡Quieta o te vuelo la cabeza!

Amanda se quedó clavada.

Miraba la boca del arma, que apuntaba a su frente.

Y sabía que el individuo apretaría el gatillo, si no obedecía.

El asesino soltó una risita.

—Tranquilízate, nena. Esta noche no hay serpientes en el pozo. Ni venenosas, ni de las otras.

—¿Qué hay? —preguntó la bailarina, con voz estrangulada.

—Primero te diré lo que había hace dos noches. Había media docena de bayonetas, clavadas hacia arriba. La chica que se deslizó por la rampa de la muerte, como yo la llamo, quedó ensartada en ellas.

Amanda Blyth sintió que le flaqueaban las rodillas.

—Bayonetas... —musitó, presa de un horror indescriptible.

—Hace tres noches, había una docena de tarántulas —informó el tipo—, Y dieron buena cuenta de la chica que cayó al pozo. Aunque creo que no murió a causa de sus venenosas picaduras, sino de pánico. Chillaba como una posesa, la pobre.

Amanda se tambaleó.

Le resultaba muy difícil sostenerse en pie, porque las piernas se le doblaban.

Estaba a punto de desvanecerse de horror.

El tipo desgranó otra risita y prosiguió:

—La de anoche también chillaba como una loca, mientras las serpientes le picaban. La de las bayonetas, en cambio, tuvo una muerte mucho más rápida. Aunque también chillaba histéricamente, mientras se deslizaba por la rampa. Tardó varios minutos en caer al pozo. Y a la chica le parecieron siglos.

—¿Qué hay esta noche en el pozo? —preguntó Amanda, con débil voz.

—Ratas.

La bailarina se estremeció de pies a cabeza.

—¡Oh, no! —gimió.

—Sí, preciosa. Media docena de ratas grandes y hambrientas, que te devorarán en sólo unos minutos.

Amanda no pudo sostenerse por más tiempo en pie y cayó de rodillas, sin fuerzas para nada.

El asesino se le acercó, le puso las manos a la espalda, y se las ató con un pedazo de cuerda, que extrajo del bolsillo de su pantalón.

La bailarina intentó resistirse, pero estaba desfallecida y muy poco pudo hacer.

El tipo, después de atarla, le quitó la ropa, dejándola en pantaloncitos. También le quitó los zapatos.

Luego, la arrastró hacia la rampa de la muerte. Amanda empezó a chillar agudamente.

—¡No, por favor! ¡No me arroje a las ratas!

—Lo siento, está decidido.

—¡Se lo suplico!

—Eres bailarina y estás condenada por ello a deslizarte por la rampa de la muerte.

—¡Nooooo....!

El asesino la empujó por los hombros, obligándola a deslizarse por la rampa.

La rampa tenía laterales para impedir que las víctimas pudieran caer por uno de los lados y librarse momentáneamente del pozo que

aguardaba al final.

Con los pies, Amanda trató de frenar el deslizamiento de su cuerpo, apoyándolos contra los laterales de la rampa.

No sirvió de nada, porque el asesino siguió empujándola por los hombros. Lo único que logró la bailarina, fue prolongar su angustia, su sufrimiento y su desesperación.

Al final, cayó al pozo y las ratas saltaron inmediatamente sobre ella, para devorarla. Los chillidos de la infortunada Amanda, hicieron estremecer las paredes del sótano, pero no del corazón de su asesino.

Lo tenía demasiado duro.

Capítulo XI

LARRY *el Hiena* y Tom *el Culebra* compartían un pequeño piso de alquiler, sucio, deteriorado y maloliente.

Solían acostarse tarde, pero aquella noche, como todavía acusaban los golpes que les propinara Sholto Lang en la oficina de Ralph Colvin, se habían acostado temprano. Dormían los dos profundamente, en la misma cama.

No había otra.

Larry, que era el que llevaba bigote, lucía un esparadrapo en la ceja izquierda. La que le partiera el investigador privado, de un soberbio derecho.

Tom, el de la cicatriz debajo del ojo izquierdo, tenía el hombro derecho hinchado, como consecuencia de la violenta torsión de brazo que le realizara Sholto Lang, para obligarle a soltar la navaja.

Dormían los dos en slip y camiseta, sin cubrirse con la sábana.

Y como se hallaban en el primer sueño, no oyeron que alguien hurgaba en la cerradura del miserable piso, con una ganzúa. Siguieron durmiendo tranquilamente.

La puerta no tardó en abrirse, dando paso al tipo que había estado trabajando con la ganzúa.

Era Ralph Colvin.

El investigador privado cerró la puerta silenciosamente y caminó hacia la habitación en donde dormían los tipos que tan mal rato le hicieran pasar a Peggy Arnold aquella mañana.

Ralph empuñaba su revólver.

Alcanzó la habitación y encendió la luz del techo, pero Larry *el Hiena* y Tom *el Culebra* continuaron dormidos.

Ralph se fijó en sus pies desnudos y sonrió de una manera muy particular, porque se le acababa de ocurrir algo divertido, aunque para los tipos no lo sería tanto, seguro.

El investigador se metió la mano en el bolsillo y extrajo una caja de cerillas. Con mucho cuidado, para no despertar a Larry y Tom, les fue colocando fósforos entre los dedos de ambos pies.

Después, rasgó una cerilla y encendió las que había colocado entre los dedos de los pies a los tipos.

—Menudo despertar vais a tener, majos... —murmuró, retirándose un par de metros de la cama.

Las llamas de las cerillas empezaron a lamer los dedos de los pies de Larry *el Hiena* y Tom *el Culebra*.

Los tipos todavía dormidos, agitaron los pies al recibir las primeras quemaduras, pero como los fósforos habían quedado bien aprisionados entre sus dedos, no pudieron librarse de ellos.

Larry y Tom se despertaron de golpe y empezaron a dar aullidos.

Las cerillas seguían quemándoles los dedos de los pies.

Los tipos se dieron muchas prisa en arrancarse los fósforos encendidos de entre los dedos, pero no era fácil, por lo que rabiaron como perros mientras se quitaban las cerillas a zarpazos.

Ralph Colvin se mondaba de risa viéndolos revolcarse por la cama.

Tom *el Culebra* se cayó incluso de ella, en uno de los brincos que le obligaron a dar las dolorosas quemaduras que estaba recibiendo.

Larry *el Hiena* no llegó a caerse de la cama, pero se dio un buen golpe contra el cabezal, por el mismo motivo.

Por fin, consiguieron arrancarse todas las cerillas y empezaron a maldecir a Ralph Colvin a viva voz.

El investigador, que les apuntaba con su arma, se puso serio y dijo:

—Lo de las cerillas no ha sido nada. Lo bueno, viene ahora.

Larry y Tom vieron que Ralph Colvin se metía la mano izquierda en el bolsillo de su chaqueta y extraía una navaja de resorte.

Los dos palidecieron, temiéndose lo peor.

—¿Qué te propones, Colvin? —preguntó Larry *el Hiena*, con trémula voz.

—No me gustó lo que le hicisteis a mi secretaria, bastardos.

—¡No le hicimos nada, Colvin! —gritó Tom *el Culebra*.

—Queráis marcarla con vuestras navajas. Y violarla.

—¡No es cierto! —negó Larry—. ¡Sólo queríamos asustarla, Colvin!

—Sólo asustarla, ¿eh?

—¡Te lo juro!

—Sois un par de gusanos. Si no llega a ser por Sholto Lang, que intervino muy a tiempo, hubierais abusado de mi secretaria.

—¡Nos hubiéramos conformado con toquetearla un poco, de veras! —dijo Tom.

El investigador los miró duramente.

—Sois dos ratas de cloaca, pero yo os voy a ajustar las cuentas de una vez y para siempre —aseguró, y arrojó la navaja sobre la cama.

Los tipos cambiaron una mirada, desconcertados.

—Coge esa navaja, Tom —ordenó Ralph, fríamente.

El Culebra obedeció.

—¿Qué quieres que haga con ella, Colvin? —preguntó.

—Córtale una oreja a Larry.

El Hiena sufrió una sacudida.

—¿Que me corte qué....? —preguntó, haciendo un cómico gallo con la voz.

—Una oreja —repitió el investigador—. Después, se la cortarás tú a él.

Los tipos volvieron a mirarse, aterrados.

—Adelante, Tom —indicó Ralph.

El Culebra tragó saliva con mucha dificultad.

—¡No puedo hacerlo, Colvin!

—¿Por qué no?

—¡Larry es mi amigo!

—Larry es un sucio reptil, lo mismo que tú.

—¡No se dejará, Colvin!

—¡Desde luego que no! —dijo el Hiena, protegiéndose ambas orejas con las manos. Ralph le apuntó a la frente con su revólver.

—¿Prefieres una bala en los sesos, Larry?

—¡No!

—Entonces, retira esas manos.

El Hiena no tuvo más remedio que obedecer.

Ralph apuntó ahora al Culebra.

—¿Quieres tú un plomo en los sesos, Tom?

—¡No!

—Entonces, córtale la oreja a Larry. Y hazlo limpiamente, porque me la quiero llevar como trofeo. Y la tuya también.

—¡Se cree que es Palomo Linares! —galleó Larry, con las facciones desencajadas—. ¡Quiere las dos orejas!

—Y puede que el rabo —dijo al instante Ralph, con significativa sonrisa.

Los tipos se arrugaron tras las palabras del investigador.

¿Sería capaz de ordenarles qué...?

—¿Es para hoy o para mañana, Tom? —dijo Ralph.

El Culebra no tuvo más remedio que acercarse a su compañero, con la navaja en alto.

El Hiena estuvo a punto de saltar de la cama, pero al ver que Ralph Colvin le apuntaba a la frente con su arma, se quedó quieto y se resignó a perder una oreja.

Su compañero carraspeó.

—¿Cuál prefieres que te corte, Larry?

—Me gustaría conservar las dos, pero como tengo que perder una,

que sea la izquierda. Oigo mejor con la derecha.

—A mí me ocurre lo mismo —dijo Tom.

—Entonces, te cortaré también la izquierda, cuando me toque a mí manejar la navaja

—repuso Larry.

El Culebra se estremeció.

—Espero no hacerte mucho daño, Larry.

—Cómo me lo hagas, prepárate —masculló el Hiena.

Tom acercó la navaja a la oreja zurda de su compañero.

Larry cerró los ojos.

Temblaba como un flan.

Y le dolía tanto el vientre, que temía ensuciarse el slip de un momento a otro.

Tom le agarró la oreja con la mano izquierda y se dispuso a soltarle el tajo. Temblaba casi tanto como su compañero.

Ralph Colvin se dijo que ya los había hecho sufrir suficiente y ordenó:

—Quieto, Tom.

El Culebra lo miró.

El Hiena abrió los ojos y los clavó también en el investigador.

—¿Has cambiado de idea, Colvin....? —preguntó Tom.

—Sí, no quiero dejaros con una sola oreja. Ya sois bastante feos con las dos. Me conformo con haberos dado un buen susto. Ahora ya sabéis lo que se siente cuando a uno le amenazan con una navaja y no puede hacer nada para defenderse. Mi secretaria sintió lo mismo que vosotros. Si volvéis a amenazarla, os juro que....

—¡No lo haremos, Colvin! —prometió Larry.

—¡Desde luego que no! —dijo Tom.

Ralph los miró aceradamente.

—No quiero saber nada más de vosotros, ¿entendéis? Si cometéis el error de intentar algo contra mí o contra mi secretaria, lo pagaréis con la vida. Si no os mato yo, os matará Sholto Lang. Es un buen amigo y aún tiene peores pulgas que yo. Ya os lo demostró en mi oficina, esta mañana.

—Te juro que nos olvidaremos de ti, Colvin —dijo Larry —Y de tu secretaria —añadió Tom.

—Mejor para vosotros.

Ralph retrocedió, sin dar la espalda a los tipos, y salió de la habitación.

Larry *el Hiena* esperó a oír el ruido de la puerta del piso al cerrarse, y entonces saltó de la cama y echó a correr.

—¿Adónde vas, Larry....? —preguntó Tom *el Culebra*.

—¡Al baño! ¡Ya no puedo aguantar más!
Larry dijo la verdad.
Prueba de ello... es que llegó tarde.

Capítulo XII

PESE a haberse acostado tarde, Sholto Lang se levantó temprano.

Tenía que seguir investigando.

Visitando galas nocturnas.

Hablando con las bailarinas.

Ya lo hizo el día anterior, pero había muchos clubs nocturnos en San Francisco y muchas bailarinas.

La tarea era ardua.

Por fortuna. Sholto era incansable y no pararía hasta dar con la pista del tipo que cada noche secuestraba una bailarina, para....

Bueno, el investigador no sabía para que las secuestraba, aunque, como ya le dijera a la secretaria de Ralph Colvin, temía por las vidas de las bailarinas desaparecidas.

Sholto se había preparado un ligero desayuno.

Estaba apurando la taza de café, cuando oyó sonar el timbre de su apartamento. Extrañado, acudió a abrir.

Era Ralph Colvin.

—Buenos días, colega —dijo, con una sonrisa.

Sholto levantó el puño.

—¡No lo van a ser para ti, Colvin!

Ralph dio un salto hacia atrás.

—¡Calma, Sholto! —pidió—. ¿Es que no sabes recibirme de otra manera....?

—¡Te dije que no volvieras por mi oficina!

—Y no he vuelto. Estoy en tu apartamento —recordó Ralph.

—¡Tampoco quería verte aquí!

Ralph carraspeó ligeramente.

—Tenía que darte las gracias, Sholto.

—¿Por qué?

—Por haber defendido a mi secretaria de Larry *el Hiena* y Tom *el Culebra*.

Sholto bajó lentamente el puño.

—Te lo contó, ¿eh?

—Naturalmente.

—¿Te dijo también por qué fui a tu oficina....?

—Sí, claro. En busca de información sobre el caso de las

bailarinas, porque te encargaron la búsqueda de una.

—Me la negó —mintió Sholto.

—Ya lo sé. Peggy es una secretaria fiel. Pero, como yo soy un tipo agradecido, estoy dispuesto a darte la información que buscabas.

—Guárdatela toda —gruñó Sholto.

Ralph sonrió.

—Sabía que rechazarías mi ayuda.

—No quiero nada de ti. Sólo perderte de vista.

—Aún podemos ir juntos en el caso de las bailarinas, Lang.

—Ni hablar.

—¿Prefieres que investiguemos por separado?

—Desde luego.

—Si resuelvo yo el caso, no te gustará.

—Puede que lo resuelva yo.

Ralph emitió una risita.

—Tengo más posibilidades que tú, Lang.

—Porque eres mejor investigador que yo, ¿no?

—No sólo por eso, sino porque llevo la investigación más adelantada que tú. Empecé antes, ¿recuerdas?

—De poco te ha servido, Lang. Tengo una pista

—De poco te ha servido, porque no has averiguado nada.

—Te equivocas, Lang. Tengo una pista importante.

—¿De veras?

—Sí, la conseguí anoche. Y, con un poco de suerte, esta noche tendré resuelto el caso. —Eso quisieras tú.

Ralph volvió a reír.

—Aún estás a tiempo de unirme a mí, Lang. ¿Qué me respondes....?

—¡Esto! —rugió Sholto, haciendo restallar su puño en la mandíbula de su colega, al que derribó.

Y, sin esperar a que se levantara, cerró la puerta.

* * *

Cuando, algunos minutos después, Sholto Lang abandonaba su apartamento, Ralph Colvin había desaparecido.

Sholto se alegró.

Y es que su presuntuoso colega tenía la virtud de enfurecerle con su sola presencia.

El investigador descendió las escaleras con rapidez, ganó la calle, y se introdujo en su coche.

Toda la mañana estuvo trabajando, aunque los resultados fueron

desalentadores. Por la tarde y tras haber comido un bocadillo en un bar, reanudó la investigación.

El primer club que visitó, fue El Jardín de Alá, un magnífico local, propiedad de Bruno Hartman, un cuarentón alto y elegante, atlético, bien parecido.

Sholto habló con él, en su despacho, amplio y lujoso.

—¿En qué puedo servirle, señor Lang?

—Ando investigando un caso muy extraño, señor Hartman.

—¿De qué se trata?

—Cada noche está desapareciendo una bailarina, después de su actuación.

—¿De veras...?

—Que yo sepa, han desaparecido tres. Pero es posible que hayan desaparecido más.

—Sí que es extraño.

—En su club actúa una bailarina, ¿no?

—Sí, Norma Akins. Aunque ahora se llama Norma Hartman.

—¿Qué?

—Es mi esposa. Me casé con ella hace tan sólo unas semanas.

—Vaya, enhorabuena. He visto su fotografía en la entrada del club, y es una mujer guapísima.

—Sí, Norma es hermosa —sonrió Bruno—, Y una extraordinaria bailarina. Cada vez que sale a la pista, el público se queda embobado. Y es lógico, porque posee un cuerpo sencillamente escultural. Vuelve locos a los hombres. Y yo me incluyo, ¿eh?

Sholto rió.

—Es usted un tipo afortunado, señor Hartman.

—Desde luego.

—Me gustaría hablar con su esposa.

—La estoy esperando. Llegará de un momento a otro. Si no tiene prisa, podrá hablar con ella.

—No, no tengo ninguna prisa, señor Hartman.

—Me ha dejado usted preocupado con lo de la desaparición de las bailarinas, señor Lang.

—Yo también estoy preocupado, se lo aseguro, porque temo por las vidas de esas chicas.

—¿Piensa que las ha matado...?

—Es posible, señor Hartman. Especialmente, si el tipo que las secuestró tiene algo contra las bailarinas, que es lo que yo sospecho.

—¿Y qué puede tener contra ellas...?

—Un desengaño amoroso, por ejemplo. Las bailarinas son todas mujeres jóvenes y hermosas, con un cuerpo sensacional. Es muy fácil

enamorarse de ellas. Perdidamente, incluso. El secuestrador pudo haberse enamorado de una bailarina y ella corresponderle, en principio, para más adelante dejarle por otro hombre más apuesto que él. O más rico. Y en un caso sí, es lógico pensar que el enamorado de la bailarina se volviese loco de desesperación. Y que odiase a las bailarinas. A todas en general. Y si le dio por vengarse de ellas....

Bruno Hartman se estremeció.

—Puede que tenga usted razón, señor Lang.

Sholto iba a añadir algo, cuando la puerta se abrió y Norma Akins, ahora Norma Hartman, entró en el despacho.

Bruno se puso en pie y Sholto lo imitó.

—Hola, Norma.

—Hola, cariño —sonrió la bailarina, acercándose a él.

Le dio un beso en los labios, sin importarle la presencia de Sholto.

Después, se fijó en el investigador.

—¿Quién es ese caballero, Bruno?

—Se llama Sholto Lang. Es investigador privado.

—Seguro que antes fue boxeador.

Sholto rió.

—No he sido boxeador, pero he dado muchos puñetazos. Y los he recibido, también. —Ya decía yo.

Bruno Hartman carraspeó.

—El señor Lang desea hablar contigo, Norma.

—¿Conmigo....?

—Está investigando un caso relacionado con las bailarinas. Han desaparecido varias, ¿sabes?

—¿De veras....?

—Explíquese, señor Lang. Y háblele también de sus sospechas.

Sholto lo hizo.

Tanto él como Bruno Hartman, pudieron observar que Norma Akins palidecía.

—¿Te sientes mal, querida....? —preguntó Bruno.

La bailarina lo miró.

—Estoy bien, Bruno.

—¿Seguro?

—Sí, no te preocupes. Ahora, por favor, déjame unos minutos a solas con el señor Lang. No te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Bruno Hartman salió del despacho.

Norma Akins, visiblemente nerviosa, miró al investigador privado y dijo:

—Creo que conozco al secuestrador de las bailarinas, señor Lang.

Capítulo XIII

SHOLTO Lang respingó levemente.

—¿Está segura, Norma...?

—Verá, yo tuve relaciones con un tal Dick Owens. Es un tipo alto, fuerte, atractivo. Se enamoró de mí como un colegial. Yo no sentía lo mismo por él, pero reconozco que Dick me atraía. Me encontraba a gusto en sus brazos y hacíamos el amor con regularidad. Dick quería que dejara de bailar y me casara con él, pero yo nunca acepté. En primer lugar, porque me encanta el baile y no siento el menor deseo de retirarme, por ahora. El otro motivo, ya lo expuse antes. No estaba enamorada de Dick, y por tanto no podía casarme con él.

—Continúe, Norma —rogó el investigador.

La bailarina se apretó nerviosamente las manos.

—Bruno Hartman me contrató para trabajar en su club. Yo no lo conocía personalmente, aunque había oído hablar de él y de su magnífico local. Bruno me gustó en cuanto lo vi. Y lo mismo le sucedió a él. Nos enamoramos, me pidió que me casara con él, y yo acepté, con la única condición de que me permitiera seguir bailando. Bruno estuvo de acuerdo, siempre que fuera en su club, condición que yo acepté. Y nos casamos.

—¿Cómo le sentó a Dick Owens?

—Fatal. Se puso como loco. Me insultó, e incluso me abofeteó. Dijo que no me casaba con Bruno Hartman porque estuviese enamorada de él, sino porque es un hombre rico, dueño de unos de los mejores clubs nocturnos de San Francisco. Me llamó puta varias veces. Y dijo que todas las bailarinas lo éramos. Estaba fuera de sí. Totalmente trastornado. Llegó, incluso, a amenazarme de muerte. Confieso que me asusté mucho, pero luego me dije que Dick no sería capaz de cumplir su amenaza, que se olvidaría de mí y me dejaría tranquila.

—¿Lo ha hecho? —preguntó Sholto.

—Sí, no he vuelto a verle desde entonces. Por eso creí que Dick había olvidado su amenaza, que la lanzó en un arrebato de ira, pero que en ningún momento tuvo intención de cumplirla. Ahora, sin embargo, y después de saber lo de la desaparición de varias bailarinas....

—¿Piensa que las secuestró Dick Owens?

—Sí.

—¿Para asesinarlas?

—Es posible.

—¿Dónde vive Dick Owens?

—En el 610 de Laurens Street, apartamento 15-C.

—¿A qué se dedica?

—Es agente de seguros.

—Voy en su busca.

—Si lo acusa de haber secuestrado a las bailarinas, lo negará rotundamente —advirtió

Norma Akins.

—No pienso acusarle de nada, por el momento —respondió el investigador—. Me limitaré a vigilarle. Y si es realmente el secuestrador de las bailarinas, lo atraparé con las manos en la masa. Es decir, intentando secuestrar a una nueva bailarina.

Sholto Lang había estacionado su Chrysler cerca del 610 de Laurens Street. Con el fin de averiguar si Dick Owens se encontraba en su apartamento, se introdujo en un bar, pidió el listín telefónico, y buscó el número del tipo.

Cuando lo tuvo, hizo la llamada.

A los pocos segundos, le respondió una voz de hombre:

—¿Diga?

—¿El señor Grant....? —preguntó Sholto.

—¿Quién?

—¿No es usted Richard Grant?

—No.

—Disculpe, he debido marcar mal el número —dijo el investigador y colgó.

Después, sonrió.

Había tenido suerte.

Dick Owens estaba en su apartamento, así que sólo tenía que esperar pacientemente a que saliera y seguirle sin que se diera cuenta.

Lo que no podría hacer, era cenar con Lisa Newley.

Una pena, porque era el día libre de la camarera, pero las circunstancias mandaban. Sholto hizo otra llamada.

Ahora, respondió una voz femenina:

—¿Diga?

—¿Lisa?

—¡Sholto!

—El mismo, guapa.

—¿Dónde estás?

—En un bar.

—¿Y qué haces ahí...?

—Vigilar.

—¿A quién?

—No puedo darte los detalles ahora, pero tengo una pista importante para resolver el caso de las bailarinas.

—¿De veras...?

—Sí, creo que estoy en el buen camino. Lo malo es que no podremos cenar juntos esta noche, Lisa.

—No importa. El trabajo es lo primero, Sholto.

—Si puedo, iré a verte esta noche.

—Me alegraría mucho.

—¿Aunque sea tarde?

—A la hora que sea.

—¿Y si te saco de la cama...?

—Me verás en camisón.

—¿Es cortito?

—Y transparente.

—Ya estoy deseando verte con él.

—¡Pícaro!

Rieron los dos.

—Hasta la noche, Lisa.

—Te esperaré, Sholto.

El investigador cortó la comunicación y salió del bar, dispuesto a esperar en su coche hasta que apareciera Dick Owens.

* * *

Sholto Lang tuvo que esperar mucho, porque Dick Owens no salió hasta que fue de noche.

Apareció vestido de negro y portando una bolsa de deporte.

Sholto lo vio entrar en un Ford oscuro.

El Ford arrancó y el investigador lo siguió, sin acercarse demasiado, para no ser descubierto.

Minutos después, Dick Owens detenía su coche en una calle próxima a un club nocturno. El Gato Negro, concretamente.

Sholto detuvo también su Chrysler, a una cierta distancia del Ford. Vio salir a Dick Owens, con la bolsa de deporte, y él también salió de su coche.

Siguió al tipo.

Dick Owens fue directamente al callejón que había a espaldas de El Gato Negro. La puerta de servicio daba allí.

En el callejón, cerca de la puerta, había un coche í rojo.

Dick Owens se introdujo en él, en la parte trasera, y esperó.

Sholto lo vio claro ya.

El coche rojo pertenecía a la bailarina que actuaba en El Gato Negro, y el tipo aguardaba a que la chica saliera del club y se metiera en su coche.

En la bolsa de deporte debía llevar una pistola, y con ella amenazaría a la bailarina y la obligaría a llevar el coche por donde él le indicara.

Sholto no quiso esperar a que la bailarina saliera y se introdujera en su coche, porque Dick Owens podría utilizarla como rehén y escapar, así que avanzó sigilosamente hacia el coche rojo.

Trataría de sorprender al tipo.

La oscuridad del callejón le ayudó a alcanzar el coche rojo sin ser visto por Dick Owens. Sholto empuñaba su revólver.

Agazapado junto al coche, inspiró profundamente y después abrió la portezuela de golpe.

—¡Quieto, Owens!

El tipo ya se había colocado la horrible careta de goma.

Y empuñaba su pistola.

Quiso utilizarla contra Sholto, pero éste se arrojó sobre él y le aferró el brazo.

—¡Estás atrapado, Owens! ¡Entrégate!

Dick Owens no hizo caso.

Era un tipo fuerte y confiaba en dominar al investigador.

Los dos hombres lucharon furiosamente en el coche.

Sholto era tan fuerte como Dick Owens.

Y más experto.

Consiguió desarmar a Owens.

Este, al perder su pistola, intentó arrebatársela al investigador su revólver.

Sholto le incrustó el puño zurdo en el hígado, con tanta fuerza, que lo dejó momentáneamente sin fuerzas, instante que aprovechó para atizarle en la cabeza con su arma.

Dick Owens perdió el sentido y quedó tumbado sobre el asiento trasero.

Sholto le arrancó la terrorífica careta.

—Se acabó, amigo —rezongó—. No volverás a secuestrar más bailarinas.

EPILOGO

EN la comisaría del distrito, Dick Owens cantó de plano.

Confesó haber dado muerte a cuatro bailarinas, explicando dónde y cómo las había asesinado, y por qué. Explicó, también, que había enterrado los cadáveres cerca del viejo caserón y ocultado los coches de las víctimas en un almacén que no se utilizaba desde hacía tiempo.

Lo de la rampa de la muerte, horrorizó a Sholto Lang y los policías, pese a estar acostumbrados todos ellos a los crímenes más espantosos.

Dick Owens fue encerrado en una celda y Sholto Lang abandonó la comisaría, dirigiéndose al apartamento de Lisa Newley. Por el camino, pensó en no decirle a Lisa cómo había muerto su amiga Britt, para no llenarla de horror, pero comprendió que no podía ocultárselo.

Al día siguiente, todos los medios de información hablarían del caso de las bailarinas y darían los detalles, así que Lisa se enteraría de todas formas.

Quien también se enteraría, sería Ralph Colvin.

¡Menuda rabieta iba a coger, al saber que el caso de las bailarinas había sido resuelto por Sholto Lang!

En adelante, ya no podría presumir de ser el mejor investigador privado de San Francisco.

Sholto llegó al apartamento de Lisa.

La camarera le abrió envuelta en una delgada bata.

—¿Dónde está ese camisoncito tan tentador....? —preguntó Sholto.

—Debajo de la bata.

—Así no habíamos quedado.

Lisa rió.

—Luego te lo enseñaré, no te preocupes —dijo, y le besó.

Después, pasaron al living y Sholto la puso al corriente de todo.

Lisa lloró, estremecida de horror.

Sholto la abrazó cálidamente.

—Lo siento, pero tenía que decírtelo. No podía ocultártelo, te hubieras enterado por los periódicos, por la radio o por la televisión.

—Pobre Britt....

—El tipo no está en sus cabales. Dejó de estarlo cuando Norma Akins se casó con Bruno Hartman. Por eso cometió esos crímenes tan

horrendos. Odiaba a las bailarinas y gozaba viéndolas sufrir.

Lisa Newley siguió sollozando en brazos del investigador.

Sholto le acarició el cabello y preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo, Lisa?

La camarera interrumpió los sollozos, levantó la cabeza, y lo miró a través de sus lágrimas.

—Sholto... —musitó.

—Te quiero, Lisa. Y si no te importa que el padre de tus hijos tenga cara de boxeador, mañana por la mañana saco una licencia de matrimonio.

La camarera sonrió, emocionada.

—Puedes sacarla, Sholto, porque yo también te quiero.

El investigador la besó y la estrechó con fuerza. Lisa Newley sintió que nuevas lágrimas acudían a sus ojos, pero éstas no eran de pena, sino de felicidad.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España